

separadas de la región verdaderamente Neotropical la América occidental, por una parte, y por la otra, la Patagonia. Forel, basando la distribución en las hormigas, establece una región Neotropical dividida en América del Sud menos Patagonia y América Central. La Patagonia, tanto chilena cuanto argentina, pertenece a la región antártica, junto con Nueva Zelandia; su afinidad occidental se confirma cuando vemos que Chile carece de géneros netamente neotropicales y de una tribu *Cryptocerus* y *Azteca*, que son arborícolas (*Azteca* construye nidos como jardines en las horquetas altas) y de las *Attinas*. Para Forel lo más típico de la fauna neotropical son precisamente las *Attinas*.

Esta tribu o sección se extiende desde Nueva York y Nueva Jersey (formas muy escasas) por Lousiana, Illinois, Columbia británica, California, Méjico, Centro y Sud América, las Antillas, hasta el límite norte de la Patagonia argentina, habiendo hallazgos de Chubut y Santa Cruz, pero directamente en la costa. Está en la parte norte del Perú pero no hacia el sud ni en Chile. Según Kusnezow el norte de la Argentina constituyó uno de los centros más importantes de diferenciación de esta tribu.

En los tratados se dice, pues, que faltan en Patagonia, y vemos por los datos aportados por los estudiosos argentinos (trabajos de Carlos Bruch y Angel Gallardo, y sus continuadores) que no es así. Aparte de la estrecha zona del Río Negro hasta cerca del Neuquén, existe una distribución que podemos fundadamente atribuir a difusión moderna, infortunadamente con visos a crecer.

El conocimiento de estos hechos tiene mucho interés biológico pues muestra cómo se extienden las formas animales, pero del punto de vista práctico también, pues interesa saber dónde no corresponde aplicar los reglamentos sobre plagas, o adoptar determinadas precauciones en beneficio de los plantíos.

EMILIANO J. MAC DONAGH.

ARQUITECTURA DE GIGANTES

Si Creta era la Gran Bretaña de la época, por el intenso tráfico marítimo del cual vivía, su capital Cnosos, era París mil quinientos años antes de nuestra era. No se trataba de una aglomeración colosal, como Babilonia por ejemplo, puesto que no contaba acaso más de ochenta mil habitantes; no era tampoco

notable por monumentos gigantes, y allí no se veía ni la cubicación aplastante de las Pirámides ni el vigor audaz de las ziggourates; sus casas, hechas de ladrillos secados al sol, eran asimismo bastante miserables, pero ¡qué pasión artística reinaba allí! Y, por el gusto de sus artesanos, la gracia de sus estatulillas, de sus cerámicas, de sus bronce, de sus chucherías de toda clase, para el culto de que era objeto la mujer, reina de la sociedad, ¿cómo no compararla a la capital francesa? Por encima de las casuchas y de los tenduchos se erigía el palacio real, mole casi cuadrada de ciento cincuenta metros de lado. Alrededor de un patio interior y sobre tres pisos, se sucedían salas, galerías, pórticos, columnatas, escaleras, con las paredes decoradas de frescos o de barro cocidos barnizados. Un detalle da idea de la comodidad alcanzada por el arquitecto: el arreglo de los cuartos de baño con su bañera de cerámica, la que se vaciaba en una cloaca.

En el otro extremo de la cadena de las civilizaciones Mohenjo-Daro ofrecía un ejemplo de urbanismo más perfecto aún. Era en el bajo Indo, una gran ciudad, cuyas partes más antiguas remontaban a fines del siglo IV milenario. A lo largo de anchas avenidas se levantaban casas de ladrillos cocidos, de dos pisos, muchas de las cuales provistas de un cuarto de baño estaban dotadas de un servicio de canalización de agua y de una red de desagües.

En fin, a medio camino entre la Egeida y el Indo, fulguraba el astro resplandeciente de Babilonia. ¿Qué no se dijo acerca de esta ciudad inmensa, cuyo nombre es sinónimo de grandioso y de lujuria? Aun hoy, si bien no nos dejamos ya engañar por los "reportajes" de Heródoto, que veía las cosas un poco en grande, la capital de Hammourabi nos trae la imagen de una fabulosa Metrópolis. Encerrada en una doble muralla de la cual la más exterior medía cerca de 18 kilómetros de extensión, cabalgaba sobre el Éufrates, que atravesaba un puente único. 40 kilómetros de muelles servían para atracar barcos. De cada lado se extendía el encuadrado de las calles, "trazadas —dice Andrés Parrot— con una preocupación evidente de regularidad y armonía", y a cuyo borde se alineaba la multitud de inmuebles de tres o cuatro pisos. En el corazón de la ciudad la masa compacta del palacio protegido, del lado del río, por una obra formidable de paredes espesas de 25 metros. Cuatrocientos metros más abajo la grande ziggourate, la torre de Babel, cuya base era un cuadrado de 91 metros de lado, y sobre la cual se levantaban siete pisos hasta una altura de 84 metros.

No nos emocionemos demasiado con esas cifras; no constituyen sino el prelude de ese capítulo asombroso de la técnica antigua que podríamos llamar "el episodio de lo gigantesco". Jamás, en efecto, debían construirse, con medios tan simples, monumentos más imponentes. Jamás, en la historia del mundo, las ambiciones de los imperios debían expresarse más completamente por la enormidad desmesurada de su arquitectura. Episodio pasajero, sin duda, al cual iba a suceder el del arte armonioso de Grecia, pero a qué punto significativo, y a qué punto durable, puesto que más de cuarenta siglos de distancia, multitudes de viajeros se detienen todavía, estupefactos, delante de las Pirámides de Egipto o de los toros alados de Khorsabad.

De las siete maravillas del mundo que habían catalogado los antiguos, cuatro o cinco eran colosos. Pasemos por alto los jardines suspendidos de Babilonia, ese milagro de una selva de flores que crece bajo el cielo abrasador del desierto; pasemos, asimismo esas imponentes manifestaciones del genio helénico, la estatua de Júpiter Olímpico, realizada por Fidias, en oro y marfil, y de 13 metros de alto; el Coloso de bronce, de 32 metros, erigido tres siglos antes de nuestra era, en el fondo del puerto de Rodas; el faro de Alejandría, construido hacia la misma época sobre la antigua isla de Faros, hecho de losas de mármol, soldadas con plomo y que alcanzaba, según el geógrafo árabe Edrisi, una altura equivalente de 120 a 180 metros, con un alcance de 60 kilómetros. Pero ¿los palacios y los templos de Mesopotamia y de Egipto, no hubieran sido dignos de figurar en la lista? ¿los de Babilonia, de Nínive, de Khorsabad, de Tebas y de Menfis? Acompañemos a la arqueóloga Dieulafoy a Susa, ese tabernáculo de la realeza aqueménida y señalaremos muchas otras cifras: la sala del trono, de 23 metros de altura, tiene la misma superficie que la del patio del Louvre; todo el palacio se extiende sobre una terraza artificial sobrealzada a 20 metros, que cubren 123 hectáreas (1/7 del bosque de Boulogne), habiendo necesitado transportar 24 600 000 metros cúbicos de tierra.

Dejemos el Cercano Oriente por Egipto y, en el valle cubierto de ruinas, vayamos detrás de la cohorte de turistas, a interrogar a las columnatas multimilenarias de Karnak. De Tebas, la prodigiosa capital de Ramsés I^{er}, aplastada por las riquezas traídas de los países conquistados, no quedan sino tumbas, cuyos hipogeos hienden la cadena lítica como las células de una colmena, y esos vestigios ciclópeos, Louqsor y Karnak.

Todo ha sido dicho acerca de esta última reliquia que perpetúa desafiando el tiempo, el recuerdo del dios Amón, al que estaba

dedicado el templo. Escuchemos, sin embargo, al gran egiptólogo Breasted, que meditó sobre esos pórticos desmesurados: "El que por primera vez se encuentra en la sombra de su aplastante columnata, en medio de esa selva de fustes imponentes, los más formidables que manos humanas hayan levantado jamás, y que coronan capiteles gigantes, sobre cada uno de los cuales podría permanecer de pie un centenar de hombres; el que aprecie la prodigiosa amplitud de las naves, en cuyos techos se juntan arquivtrabes de cien toneladas, lo que quiere decir que esas paredes podrían encerrar la catedral de Nuestra Señora de París entera y que dejarían, todavía, un ancho recinto alrededor; el que mire el portal colosal sobre el cual reposó antes un dintel macizo de cuarenta pies de largo y de ciento cincuenta toneladas de peso; aquél no puede sino sentirse penetrado de respeto por la edad que vió edificar esta columnata, ¡la más gigantesca que jamás haya levantado el trabajo de los hombres!".

Las cifras tienen su elocuencia, y hablan a menudo más claramente al espíritu que muchas descripciones líricas. Examinemos, pues, el templo de Karnak con la mirada fría del ingeniero, metro y regla para cálculos en la mano. Este edificio, que fué continuamente reparado y perfeccionado, desde Sesostris (siglo XIX antes de J. C.) hasta Taharca (siglo VII antes de Jesucristo), es un inmenso conjunto de más de 350 metros de largo, que se abre por un portal monumental, muralla inclinada de 113 metros de ancho y de 43 de alto, y que se continúa en una serie de patios, de salas y de pórticos. En el centro, la gran sala hipóstila, selva de columnas alineadas, que antes soportaban los arquivtrabes cubiertos de losas. Mide 103 metros de ancho por 52 de largo, o sea un tercio del patio del Louvre. Las columnas centrales, más altas que las laterales, alcanzan 21 metros y se componen de fustes de greda roja, de 3,57 metros de diámetro, grosor de la columna de Vendôme.

El templo de Karnak es la maravilla del Medio y del Nuevo Imperio, pero cuando fué erigido hacía más de mil años que el máximo de lo colosal había sido batido; desde el comienzo del Antiguo Imperio, hacia el año —2840, el faraón Keops había hecho construir la gran Pirámide, el monumento más grande que el hombre haya construido jamás hasta el dique americano de Gran Coulee.

También se ha hecho cien veces la descripción de las Pirámides, e innumerables viajeros han traído la impresión que produce esa titánica acumulación de piedras. Aquí también descartaremos pues, los relatos floridos para recurrir a las estrictas

medidas de lo técnico. De esta manera comprobaremos que la gran Pirámide, la de Keops, para no hablar sino de ésta, es un bloque compacto de albañilería, en forma de pirámide cuadrangular, de 233 metros de lado en su origen, y de 146 de altura. Totaliza aún, a pesar de los deterioros que ha sufrido, un volumen de 2.352.000 metros cúbicos, lo que representa aproximadamente, 2.300.000 piedras de cerca de dos toneladas y media. Esas piedras eran antes tan perfectamente mamposteadas, que según un reportero árabe no se hubiera podido deslizar entre ellas ni una aguja, ni siquiera un cabello. Son de calcáreo amarillento, extraído de las canteras vecinas, en tanto que el revestimiento de grano más fino proviene de las de Toura, una veintena de kilómetros más lejos y del otro lado del río. Si creemos a Heródoto, fueron necesarios 100 000 hombres que trabajaban tres meses del año —esto es, mientras la crecida del Nilo dejaba a los cultivadores disponibles— durante diez años, para lograr ese tramo preliminar: la construcción de la calzada, enteramente en piedras pulidas de 925 metros de largo y 19 de ancho, por la cual se traían los materiales, y la Pirámide misma exigió aún, 20 más. Lo que Heródoto no dice, lo que ningún relato ha contado jamás, es la manera de cómo se arreglaban para desprender, tallar, transportar, levantar hasta casi 150 metros del suelo bloques de más de un metro de lado, que sobrepasaban 2.500 kilogramos... Y aquí el técnico no puede ocultar su asombro y su admiración.

Hoy, nuestros ingenieros y nuestros arquitectos, no tienen ninguna dificultad para levantar edificios gigantes. Ya se trate de los rascacielos americanos como el Empire State Building de Nueva York de 380 metros, constituido por una armadura metálica revestida de betún o de las torres y atalayas europeas de cemento armado, disponen, para subir obreros y materiales a más de cien metros, de todo un conjunto de máquinas elevadoras movidas por poderosos motores. Pero no olvidemos que para construir la torre de Babel, para colocar a 24 metros de altura los arquiteabes de cien toneladas de Karnak, para maniobrar obeliscos monolíticos de 500 ó de 1.000 toneladas, para esculpir estatuas monstruosas como los colosos de Memnon, del tamaño de un inmueble de seis pisos, y para llevar a 146 metros del suelo los bloques que forman la punta de la Pirámide de Keops, los ingenieros de antes no tenían aún a su disposición ni grúas, ni poleas, ni motor. Solamente contaban con la energía humana o animal, en cantidad, es verdad, ilimitada. Pero la dificultad subsistía: podríamos reunir al pie

de la Torre Eiffel toda una división íntegra de infantería, compuesta únicamente de atletas; si no dispusiera de aparatos para subir, sería incapaz de levantar siquiera un paquete de cigarrillos al nivel del primer piso.

¿Cómo se arreglaron, pues, los egipcios y los mesopotámicos para lograr su tarea colosal? ¡Y bien! Debemos admitir que tenían dos triunfos en su juego: la posesión de herramientas de metal y el conocimiento de **máquinas** simples. No insistamos sobre el papel capital de las herramientas metálicas sustituidas por los instrumentos de sílex; provistos del pico, del cincel, de la sierra, los antiguos estaban en condiciones de separar, de recortar y de cuadrar las enormes rocas que les hacían falta. En cuanto al conocimiento de las máquinas, observemos bien que esa palabra está impresa más arriba en negrita, con el propósito de atraer la atención sobre su significación particular. Tiene aquí, en efecto, el mismo sentido que en mecánica, y no la acepción que le damos en el lenguaje corriente. Las máquinas que conocían los egipcios, no eran la máquina de vapor o el motor de explosión, ni siquiera el molino de agua, sino el plano inclinado, la palanca y el rodillo. De acuerdo con ciertos bajo relieves, nos es preciso imaginar las piedras de cantería, las estatuas monolíticas, los obeliscos arrastrados con la ayuda de correas por centenares o millares de hombres, ya por simple deslizamiento por una ruta enlozada al efecto, ya por rodadura sobre troncos cuidadosamente redondeados. Cuando el transporte horizontal tenía que dar lugar a un alzamiento vertical, la ruta se cambiaba en un plano inclinado tan largo como fuera preciso. Cuando más largo era, la pendiente resultaba más débil y el esfuerzo que debían producir menos considerable. Así es, sin duda, alargando y levantando cada vez más el plano inclinado, como se construyeron las Pirámides. Para poner unos sobre otros los enormes tambores de piedra que forman las columnas de Karnak, para sobreponer los capiteles, para colocar de uno al otro los pesados arquiteabes, los ingenieros egipcios, enterraron buenamente los fustes, a medida que se alzaban, bajo un montón de sacos de arena; sobre ese montículo, que forma también un plano inclinado, arrojaron o hicieron rodar las piedras gigantes.

Les hubiera sido, ciertamente, más fácil, en lugar de colocar un techo de baldosas macizas, construir una bóveda. Ésta era utilizada corrientemente en Mesopotamia desde los primeros sumerios, y babilonios y asirios hacían gran uso de ella. Pero

los templos egipcios eran mucho más imponentes que los edificios mesopotámicos de ladrillo cocido, y la bóveda no parecía ofrecer garantías suficientes de solidez y de estabilidad. Muchos siglos serían todavía necesarios para que la bóveda, arco de medio punto u ojiva, triunfara en arquitectura.

En cuanto al procedimiento empleado por los faraones para levantar, derecho sobre su pedestal, esos obeliscos de centenares de toneladas, lo ignoramos completamente. Sin duda poseían máquinas que nos son desconocidas. En todo caso, no podemos sino maravillarnos de su potencia y de su ingeniosidad si recordamos con qué emoción se siguió, en 1833, la erección en París del obelisco de Louqsor, dado por Egipto a Francia. Este obelisco de 23 metros de alto y de un espesor de 2,50 metros en la base, pesa 220.528 kilogramos. Un barco fletado expresamente lo había traído hasta el puente de la Concordia, y cabrestantes lo habían echado, sobre un plano inclinado, a la altura de su pedestal. Se engancharon cuerdas en su cima, y otros cabrestantes lo levantaron lentamente. Durante toda la operación, el ingeniero Juan Bautista Lebas (1797-1873), que asumía toda la responsabilidad, permaneció debajo de la enorme masa: así, en caso de accidente, su muerte hubiera lavado lo que él consideraba un deshonor.

...Pero, cerca de treinta y un siglos antes, se ignoraba el cabrestante, y los cables no tenían la calidad que poseían bajo Luis Felipe. Por eso, admiremos la obra de los egipcios, inclinándonos ante el misterio.

PIERRE ROUSSEAU.

Histoire des Techniques, Fayard, París.

Traducción de Nélida Sánchez Rodilla.

EL CICLO DEL AGUA

He aquí que el primer trabajo de datación consiste en determinar el tiempo medio que recorre una molécula de agua en el aire, antes de descender bajo la forma de agua o de nieve. Según Libby este tiempo sería aproximadamente de veinte días: es la primera indicación precisa que jamás haya sido suministrada concerniente al ciclo del agua.

En tres semanas la pérdida de radiactividad del tritium es siempre muy escasa, lo que quiere decir entonces que cuando el agua cae bajo forma de lluvia o de nieve posee casi íntegramente la radiactividad que le ha sido indirectamente conferida por la irradiación cósmica.

Esta radiactividad de las lluvias y de las nieves es, por consiguiente, un hecho natural. La publicación de estos trabajos, según parece, ha dado lugar a interpretaciones erróneas: numerosas personas han llegado a la conclusión de que la radiactividad en cuestión era la consecuencia de explosiones atómicas. Es exacto que la explosión de una bomba H se caracteriza por la creación de un aumento de tritium que se superpone al ya existente y puede aumentar en proporciones mínimas o notables la radiactividad del agua. Pero, bien sabemos que aún en ausencia de explosión atómica, lluvias y nieves son naturalmente un poco radiactivas.

Libby propone la organización de una vasta serie de medidas para estudiar todo el ciclo del agua en la superficie de la tierra, hecho que sabemos es muy mal conocido. Por ejemplo, nosotros ignoramos hasta hoy cuál es la importancia real de la caída de las lluvias en la constitución de las reservas de agua subterránea. Hoy, tal determinación es casi inmediata: es suficiente medir la radiactividad de esas napas subterráneas para permitir el establecimiento de esquemas que indiquen la velocidad de circulación de las aguas sobre la superficie de la tierra. En el momento en que el hombre comienza a prestar atención a la actividad del globo terrestre debajo de sus pies, he allí una técnica preciosísima que es así ofrecida a la Espeleología¹.

Desde ahora, los resultados parecen logrados en lo que concierne al agua de los volcanes. Las medidas han sido hechas en Italia, en el Larderello: el agua de ese volcán ha revelado una radiactividad nula, lo que ha permitido a los investigadores atribuirle una edad superior a los cincuenta años. Dicho de otra manera, es una permanencia de muy larga duración en la corteza terrestre que es necesario sea diferente a las aguas volcánicas.

1. Ciencia que se ocupa del estudio de la naturaleza, el origen y la formación de las cavernas, y su fauna y flora.

En un orden de ideas, divertidas experiencias han sido hechas para aplicar el método del tritium... 2 a la datación de los vinos. No hay nada más simple: debemos admitir en efecto que mientras las uvas crecen, reciben el tritium aportado por la caída de las lluvias del año correspondiente. Dicho de otro modo, un vino del año debe tener una radiactividad determinada, la cual debe ir disminuyendo con el tiempo. La experiencia ha corroborado estas previsiones. Puestos en presencia de vinos diferentes los atomistas han medido las radiactividades diferentes y a partir de estas medidas han podido deducir una contrastación suficientemente precisa. Hoy, ya no se puede mentir sobre la antigüedad de un vino: la radiactividad lo data infaliblemente. Más allá de este detalle pintoresco persuadámonos que se abre un vasto campo práctico para datar los compuestos minerales u orgánicos —y nosotros sabemos cuán numerosos son— que contiene el agua...

ALBERT DUCROCQ.

La ciencia a la conquista del pasado.

Editorial Plon. París.

Traducción de Catalina Antelo de Husson.

2. Tritium: Una de las tres variedades del hidrógeno.

EL ESPÍRITU PERSONAL

El hombre sólo en cuanto es espíritu personal puede amar y odiar, tener conciencia de sí, voluntad y un ethos, llevar responsabilidad, culpa y mérito; todo esto en sentido directo. Además de tales aptitudes del espíritu personal, Hartmann señala la conciencia y la previsión. Me parece que esto es justificado sólo parcialmente, ya que ambas son inherentes al ser anímico, aunque con grado y calidad diferentes que en el espiritual, según lo reconoce el propio Hartmann, por lo menos en lo que respecta a la conciencia. En todo caso, sin el espíritu personal, aunque cabe cierto contacto entre los individuos, como se observa en los animales superiores, no es posible la verdadera participación en algo común, con actos del mismo

contenido objetivo. La conciencia psicológica, por su sola actividad, aísla y separa (cuando une, como sucede con el instinto de rebaño, es a causa de la disposición hereditaria en servicio de la especie); mientras que el espíritu —nuevo en cada individuo y no hereditario— vincula y requiere la vinculación con los semejantes en lo objetivo.

La conciencia espiritual, siendo unitiva entre los hombres, establece distancia frente a las cosas y frente a las propias tendencias instintivas; con las relaciones objetivas establecidas así, ofrece al sujeto base para su orientación en el mundo en servicio de lo ideal. Incluso en materia de relación con el mundo por medio de los sentidos, las cosas son para la conciencia anímica lo que el individuo ve, apetece o teme, según las tendencias instintivas en acción; en cambio, con la conciencia espiritual se percibe lo que son las cosas, y esta percepción es conocimiento. Con respecto al sujeto mismo, el yo, así como entraña conocimiento del tú, entraña conocimiento de sí, pues la conciencia del "yo" ajeno y del propio yo son fenómenos inherentes al espíritu personal. Se impone, sin embargo, reconocer que el hombre no alcanza nunca una conciencia espiritual consumada. De hecho, la orientación es un proceso lento, laborioso y parcial —ya que no dejamos de ser animales—, proceso en el cual el espíritu de cada yo, además de reflejar el mundo, constituye centro de operaciones, mayormente interpersonales, con las cuales se va adquiriendo perspectiva, objetividad y porte frente a la plenitud inexhausta de las relaciones de la existencia, sólo fragmentariamente presentes a la conciencia. En este proceso la experiencia emocional precede a la experiencia del conocimiento teórico, pues sus actos no sólo son trascendentes sino receptivos. Son receptivos porque gracias a ellos, especialmente en el trabajo, advertimos, con la resistencia de las cosas, la peculiaridad de las mismas; con las actitudes asumidas dentro de las situaciones, lo que ellas representan; con nuestras acciones frente al prójimo, sus reacciones y las consecuencias que tienen sobre nosotros mismos, todo lo cual implica adquisición de nociones y maduración propia.

De esta suerte el sujeto tiene la dignidad de persona, esto es, de ser formado y de formarse gracias a la participación en la estructura del reino espiritual. La condición del hombre es sui géneris a causa de ser la única criatura "amenazada desde adentro" por gozar del gravísimo privilegio de la libre decisión, merced al cual puede optar tanto por lo que eleva en

la autorrealización, cuanto por lo que abate en el autoaniquilamiento. La vida ascendente de la persona consiste en la forja de sí misma mediante los actos de trascendencia emocional, con los que va más allá de sí y con los que se opone a lo negativo de fuera y de dentro, pues, "el reino del espíritu es el reino del conflicto... sólo en él chocan la determinación ideal con la real".

Es evidente que en semejante pugna, en la cual pensó Hegel cuando sentenció "yo soy la lucha", no se deciden sólo las consecuencias de los actos sino la entidad de la persona. Empero, la identidad de ésta adquiere significación, no por los actos aislados que realiza, sino por su total ser interior y propio, por su personalidad. La consecuencia para consigo misma, esencial al valor de la persona, depende del mantenimiento de un talante superior. "Quien pisotea lo que venera, quien no se mantiene leal en el amor o la amistad, pierde no sólo el objeto de su veneración, de su amor o de su amistad, sino se pierde a sí propio... Quien en la vida avanza dejándose llevar de aquí para allá, no es persona, aunque medre y reciba el nombre de tal. En su ser a medias, el hombre empírico no pasa de la condición de individuo, sujeto, hasta de ente consciente. La persona es íntegra: es la entidad espiritual que siempre debe hacer ante todo lo que de veras entraña ella misma".

HONORIO DELGADO.

LA VIRTUD HESIÓDICA

En el prefacio de la traducción de la *Genealogía de los Dioses*, de Boccaccio, que se encontraba en la biblioteca del marqués de Santillana: "Alaba a Hercoles la antigüedad, e cuentan del las fablas e poéticas ficiones, que, comme el se viese hundía en medio de dos caminos de los quales el uno era el de la virtud, el otro el de la delectación, e considerasse con sí mismo qual de aquellos deufa elegir e seguir, como el uno, es a saber el de la virtud, se mostrase muy áspero, e muy graue, e muy difícil de caminar, e el otro, conuiene a saber, el de la delectación, se le mostrase muy llano e muy espacioso, e muy plazentero, que él deliberó de seguir el camino de la virtud".

Abierto el libro de las *Memorables* de Xenofonte (II, 1, 21), se da en el mito del Vicio y la Virtud de Pródico; antecede,

en Jenofonte, a este pasaje la cita de los versos de Hesíodo, *Trabajos y Días* (289-292) que Pródico tuvo muy presente. Este mito hesiódico parece inspirar la pedagógica *Parenesis* de Aldo Manucio¹. Hércules, símbolo de la virtud, cantado por Píndaro y Horacio, recordado por los renacentistas, ya había tenido en España un expositor del simbolismo de sus empresas en *Los doce trabajos de Hércules* compilados por don Enrique de Villena, con el fin de que se tome "exemplo e crescentamiento de virtudes". "Así será espejo actual á los gloriosos cavalleros... moviendo el de aquellos e no dubdar ásperos fechos de las armas...". En esta obra tan de don Enrique se nos muestra con gran erudición el camino de la virtud. Entre las muchas alusiones a este mito recordemos la de Juan de Lucena, autor del bello *Libro de vida beata*. "Sy por senda más corta y menos trabajosa se fuese no sería sumo bien ni precioso de balde comprado: dificultosa carrera, áspera y fragosa conviene hacer para fallarlo..."².

Al leer este pasaje se recuerda el libro de *Los Oficios*, de Cicerón, que se encontraba también en la Biblioteca de Santillana (libro I, cap. 32): "Porque lo que se dice de Hércules de Pródico (como se lee en Xenofonte), que habiendo entrado ya en la pubertad (tiempo en que la naturaleza constituye a todos en estado de elegir modo de vida), se salió a un lugar solitario, y que allí sentado estuvo pensativo mucho tiempo consigo mismo discuriendo cuál camino seguiría de dos que se le ofrecían delante, uno que guiaba a los deleites y otro a la virtud...".

Ronsard³ imitó varias veces estos versos de Hesíodo; tenía los presente en los trabajos de su vida como en su obra de poeta, que hará revivir en Francia el mito de Pródico. Los poetas españoles recogieron este noble lugar común de la filosofía poética del Renacimiento. Ronsard confunde la poesía con la virtud misma, escribe con razón Franchet. La influencia griega, tan honda en Ronsard, le hace acercarse a este concepto profundo no entendido por el vulgo de las letras. La idea de la virtud sólo en el Renacimiento, agrega Franchet, demandaría un estudio inmenso y minucioso. Es reconfortante

1. Firmin - Didot, *Aldo Manuce*, pág. 11.

2. *Opúsculos literarios de los siglos XIV a XVI*, pág. 192.

3. Henri Franchet, *Le Poète et son oeuvre d'après Ronsard*, París, 1923.

leer en la Vida Beata las palabras que Lucena pone en boca de Juan de Mena poeta del Laberinto. La poesía es una virtud y el camino que conduce a ella está erizado de casi insalvables trabajos. Antes que Du Bellay y Ronsard, escribió Garcilaso en su Elegía primera:

• Por estas asperezas se camina,
de la inmortalidad al alto asiento,
do nunca arriba quien de aquí declina 4.

Cervantes cita de memoria estos versos en el capítulo VI de la segunda parte del Quijote, como para confirmar, con la referencia al poeta, las palabras de su héroe: "sé que la senda de la virtud es muy estrecha, y el camino del vicio es muy ancho y espacioso...". Los versos de Garcilaso, apunta Herrera, recuerdan a Silvio Itálico: *Ardua virtutem profert via...* ¿Se ha inspirado Cervantes en otros autores además de Garcilaso? Recordaba aquí Cervantes, aunque no la nombró, escribe Rodríguez Marín, la letra Y, llamada pitagórica, que moralizó Virgilio de esta manera, según la traducción de Hernández de Velasco:

La letra de Pythagoras partida
de un tronco en rama dos, diestra y siniestra,
retrato es vivo de la humana vida.
La senda de virtud, a mano diestra,
por cuesta agra y penosa, y por camino
estrecho, su subida a todos muestra.
Mas el que ya a la cima y cumbre vino
halla descanso y refrigerio blando,
premio del mal pasado, justo y dino.
el camino del vicio está mostrando...

Sin tener a mano el camino del original de la traducción de Velasco 5, es imposible fijar el pasaje falsamente virgiliano; no parece difícil que Cervantes haya pensado en la Y pitagórica, con la lectura del texto traducido, en la alusión pita-

4. La cita de Cervantes dice *allí* por *aquí*, lo cual es grave incorrección, porque destruye el sentido de Garcilaso y de Cervantes mismo.

5. Gregorio Hernández de Velasco, *La Eneida de Virgilio*, trae atribuido al poeta de la *Eneida*, el breve poema *La letra de Pythagoras* moralizada por Virgilio.

górica de la virtud de Lactancio y de Ausonio; las reminiscencias virgilianas de la versión de Velasco asoman en el texto del Quijote, el lugar común siempre repetido de la virtud y del vicio flotaba en el espíritu heroico de su tiempo. El símbolo de la Y pitagórica no era olvidado: "Caminan por la senda angosta de Pitágoras", escribe Bocángel en sus *Declamaciones castellanas*. "La austera strada della virtù... la noja del fatigoso camino" se lee, en elegantísima forma, en II Certegiano. Cervantes conocía esta obra en la traducción de Boscán o la leyó en Italia en su idioma originario; a mano tenía también al caballero cesario, Pedro Mexía: "finalmente no hay virtud que se ejercite sin trabajo y ejercicio. Y sabiendo esto, dice Hesíodo que las virtudes con trabajo se han de alcanzar" 6. Y en la *Angélica* (1586, canto III) de Barahona de Soto: "Por áspero camino y peligroso De la virtud y con sudor se alcanza Mi sossegado puerto a mi bonanza". El Epigrama de Ausonio de título pitagórico, fué traducido por Tejada en los Reyes en el siglo XVII.

Francisco Escrivá insiste en el hesiódico mito de Pródico: "El camino del vicio es ancho, y se nos representa luego en los principios llano, fácil, apacible, deleitable, prometiéndonos una vida alegre, como finge Jenefón, que se la prometió el vicio a Hércules" 7. Don Fermín Caballero en los *Conquenses Ilustres* 8 al hablar de los *Comentarios a San Pablo* de Juan de Valdés, se refiere a las afirmaciones de Wiffen y de Usoz acerca de la primera edición de esta obra y al símbolo de la Y pitagórica de los impresores, con el lema de "Estrecho el camino de la vida —y es ancho el de la perdición"; dice que el mismo Usoz reconoce "que este emblema y letra debió ser traza del editor Juan Pérez, que aprendería el jeroglífico y la leyenda, más bien que por las prensas de Ginebra por nuestros antiguos poetas". Don Juan Manuel, agrega, en el *Libro de los ejemplos*, si mal no recuerdo dijo ya: "Allí dos

6. Pedro Mexía, *Silva de Varia Lección*, edición de Madrid, 1643. Véase acerca del mito de Hesíodo y de Pródico las citas que tiene Capmany. *Filosofía de la Elocuencia*, página 485, Gerona, 1836, del padre Márquez y de Saavedra Fajardo. Saavedra se refiere al camino que conduce al templo de la gloria.

7. Francisco Escrivá, *Discurso sobre los cuatro novísimos*, 1604, *Infierno*, 19, 2.

8. Fermín Caballero, *Conquenses Ilustres*, tomo IV, página 275, Madrid, 1875.

camino vi —c'a a principio se juntaban,— y después afiguraban— el pitagórico Y". Los dos caminos están aludidos en el Cancionero de Petrarca (264, v. 121; 286, v. 8) y debieron contribuir a su difusión alegórica de las virtudes y los vicios. El conocido símbolo de Hesíodo llegó al Renacimiento citado por Platón en la República (364 CD) y entre otros por San Basilio en su Discurso sobre la lectura de los autores helénicos.

ARTURO MARASSO.

LAS MENTALIDADES PRIMITIVAS

Las civilizaciones conocidas son de duración mucho menor que las edades prehistóricas. Toynbee calcula en seis mil años, o sea un dos por ciento de la duración total de la humanidad, la era de las civilizaciones (de las cuales cuenta veintiuna sucesivas). Dicho en otros términos, puede presumirse legítimamente que todo el resto de la historia humana está ocupado por la mentalidad primitiva¹.

Algunos autores antiguos habían buscado ya, en la observación de grupos que se mantenían muy primitivos, enseñanzas sobre los orígenes de la civilización. Tucídides, al describir las costumbres de las poblaciones locrenses, supone que representan lo que fué el alba del helenismo. J. B. Vico, cuyas clasificaciones pueden también ser consideradas como un intento de tipología de las mentalidades, coloca al principio de la historia lo que él llama la edad heroica y corresponde al nacimiento de los grandes mitos centrados en héroes legendarios. Analizando los textos más antiguos como los poemas homéricos y las tradiciones correspondientes al nacimiento de las ciudades antiguas, trata de reconstituir los principales rasgos de esa mentalidad heroica.

Pero la atención se dirige a las sociedades primitivas de manera sistemática, principalmente en el siglo XVIII. Los relatos de viajeros, el entusiasmo literario por el "buen salvaje", los descubrimientos de sociedades oceánicas por navegantes

1. En *L'histoire. Un essai d'interprétation*. Trad. franc., p. 52.

apasionados por la etnología como Bougainville, Cook, Lapérouse, etc., permitieron las primeras visiones de conjunto y las primeras investigaciones sistemáticas. La etnología, después de haber acumulado una enorme cantidad de observaciones en todas las partes del mundo, intentó, principalmente a partir del fin del siglo pasado, sus primeras síntesis.

Un primer problema consistía en saber cuál era exactamente la significación histórica de la noción de primitivo. Algunos veían en los primitivos actuales (principalmente los que habían sido preservados por el aislamiento geográfico, como los oceánicos) la figuración exacta de lo que antaño habían sido los antepasados de los civilizados de hoy. Se objetaba a eso que tal fijeza, sea cual fuese el misoneísmo de los primitivos, era muy poco verosímil. También ellos tuvieron su historia, atravesada por fluctuaciones en su estructura interna, por modificaciones del medio geográfico: sequía, cambios de clima, cataclismos, epidemias, migraciones de especies animales, irrupciones de invasores con todas sus consecuencias, emigraciones forzadas o voluntarias, etc. En muchas sociedades primitivas, existe también el embrión de un cuerpo sacerdotal o de una autoridad política que pueden promulgar leyes, instaurar tabúes de los cuales resultan inmediatamente modificaciones sociales.

Las leyendas y la historia muestran que ciertos pueblos, hoy primitivos, tuvieron antaño períodos muy brillantes. Ciertas regresiones, como las de los Mayas o los pueblos de Asia Central, se atribuyen a epidemias o a transformaciones del clima. Pero, en general, la guerra es la gran destructora de las civilizaciones. La Mesopotamia en que habían florecido civilizaciones muy sabias, desde los asirios hasta el Imperio de los Califas, se convirtió, después de las invasiones tártaras, en un desierto con algunas poblaciones y sobre todo habitado por tribus nómades. Ocurrió lo mismo con la región de Kmer y el África del Norte². Atenas y Alejandría eran aldeas a comienzos del siglo XIX.

Así, las más de las veces es imposible pronunciarse acerca de saber si el estado actual de los primitivos es la continuación de un estancamiento, si es el resultado de fluctuaciones variadas o si es la consecuencia final de una regresión provocada por catástrofes históricas.

2. Véase E. F. Gautier, *Le passé de L'Afrique du Nord*.

Este punto de vista era tradicional entre los antiguos que colocaban la edad de oro lejos, en el pasado, y entre los hombres de la Edad Media que estaban dominados a la vez por el dogma de la caída y por la creencia de que las edades heroicas de la fe y la leyenda habían fenecido. A partir del Renacimiento y sobre todo a partir de los fisiócratas, todas las ciencias sociales, incluyendo la economía política, se han bañado en una atmósfera de optimismo caracterizada por la creencia en el progreso, en las luces y en la expansión continua³. Los acontecimientos de los últimos treinta años y los desequilibrios amenazadores de la población y la economía nos volvieron más circunspectos en cuanto a ese optimismo.

GASTON BOUTHOU.

Traducción de Iris Acacia Ibáñez.

3. C. Gini observa que, como consecuencia de esas tendencias sistemáticas optimistas, no sabemos nada —o casi nada— por voluntad de ignorarlas, de las fases de involución y de regresión que se manifiestan en la vida de todo organismo económico. Cf. *Patología económica*. Este punto de vista ha sido precisado en un artículo reciente del mismo autor, *Economy and Sociology, Quarterly Review*, sept. 1950.

LOS ANIMALES Y EL HOMBRE

Animales grandes y pequeños, domésticos y salvajes, seres integrantes de la vida de este vasto mundo, son y han sido objeto de múltiples estudios, por parte de ese ser superior que se dió en llamar *Homo sapiens* (hombre sapiente), superior sí, ya que siendo la máxima expresión de la naturaleza, ésta lo proveyó de raciocinio e inteligencia, en tanto a los animales sólo les tocó en suerte, el instinto. Y bien, a veces pareciera que con el continuo rotar de este planeta, todo se trastocara y entonces sucede lo inverosímil, el animal se torna racional y el hombre instintivo.

En verdad que el animal se domestica, se aproxima a la vivienda del hombre en busca de cariño y, triste paradoja, el hombre da muestras de maldad, egoísmo y ambición, sin pensar que el mal que provoca es en detrimento de su propia

especie. Guerras y más guerras serán prueba de su incontrolado exterminio. Quizás alguna vez quede escrito, en cualquier sitio, *Homo sapiens*, especie extinguida; entonces el mundo continuará girando, los animales seguirán el curso de su existencia, mansos unos, salvajes otros, reyes de la selva, el mar, la montaña y el llano, seguirán serena y silenciosamente la incesante lucha por la vida diaria, repitiendo sus hábitos y costumbres milenarias, sus lentas migraciones a través del espacio y del tiempo.

Triste destino el del hombre; sus ansias de sabiduría, su ciencia, sus inquietudes por dominar la naturaleza, su obra magnífica, en fin, sólo habrán de contribuir a derrotarlo. Se habrá derrotado a sí mismo.

¿No sería más alentador, quizás, buscar en la vida alegre y ruidosa de las aves, en la organizada sociedad de las abejas o en la vida silenciosa de los animales marinos, el ejemplo aleccionador para salvar nuestra propia existencia?

¿Acaso no busca el artista la belleza, en pequeñísimos seres de simetría perfecta, acaso no canta el poeta, a la dulce y blanca paloma, como símbolo de la paz, acaso no imita el músico, el canto de la alondra, el zumbido del abejorro? ¿Por qué entonces, no busca el hombre común, el hombre de todos los días, la enseñanza edificante de trabajo fecundo, de vivir armónico, de paz, de sosiego, de tranquilidad, de mansedumbre, que brindan los animales en sus más sencillas manifestaciones? ¿Son acaso tan difíciles de imitar o de interpretar esas primitivas aptitudes? ¿O el hombre civilizado pretende complicarlo todo, hasta su propia vida?

Poco grato y hasta contradictorio, resulta deslizar una mirada sobre nosotros mismos, analizar nuestros pensamientos desde que somos capaces de hacerlo, reconocer nuestros errores, pues sabemos distinguir el bien del mal y volver a concretarlos más de una vez, ejecutarlos uno por uno, es decir, una y mil equivocaciones repetidas a sabiendas.

Muchas veces se ha insistido en la nobleza del caballo, en la fidelidad del perro, en la laboriosidad de las aves; por tanto, reconocemos tales virtudes y las enseñamos a la infancia; no obstante se castiga al caballo, se maltrata al perro, se mata por placer a los pájaros, se destruyen sus nidos y polluelos. Y, vayamos más allá: con qué orgullo y satisfacción vivimos la libertad, con qué fortaleza se lucha por reconquistarla cuando se ha perdido; sin embargo con qué gozo obser-

vamos, cómodamente sentados, volar y canturrear un pequeño pajarillo en su coqueta jaula y en lugar de decirnos silenciosamente ¡aún canta!, preguntamos intrigados: ¿Por qué habrá dejado de cantar?, cuando el canto cesa.

¿Para qué, entonces, nuestro razonamiento y nuestra inteligencia? ¿Cuál es su utilidad, puesto que está divorciada del sentimiento?

Sí, que estudie el naturalista las complicadas reacciones de los animales, que el poeta les cante, que el artista del pincel les evoque, que el músico les imite, pero por sobre todo, que niños y mayo es les protejan, les amen, les respeten.

En nuestro hermoso paseo del Bosque, bajo la sombra de un coposo árbol, puede leerse un aviso, que dice: **Un buen pensamiento, un amigo, un árbol.** Yo agregaría para mayor justicia, **dos amigos, un árbol, un animal.**

Seamos sin vacilaciones sus amigos, respetemos animales y plantas, pero por sobre todo, respetémonos aun los de distintas razas, aunque adoremos distintos dioses, no desdeñemos al ateo ni al sin patria y habremos justificado el nombre que tan orgullosamente nos damos, porque **Homo sapiens**, más que sabiduría, debe significar amor, respeto, tolerancia.

ZULMA J. AGEITOS DE CASTELLANOS.

ACTUALIDAD PEDAGÓGICA

EL CINE COMO MEDIO DE ENSEÑANZA Y DIVULGACIÓN CIENTÍFICA

El cinematógrafo, por sus recursos de expresión, es, sin género de duda, uno de los medios más eficaces de enseñanza y de divulgación científica, pues emplea como símbolo propio, para transmitir el pensamiento, algo que es el patrimonio común de todos los hombres y de todos los tiempos: la imagen.

La imagen es la expresión "natural" de nuestros pensamientos, la representación directa del mundo que nos rodea, tanto de los fenómenos de la naturaleza como de las obras que son hechura del hombre. Subrayo la palabra "natural"

con el fin de establecer una distinción entre los signos de expresión naturales y los convencionales.

Incluso el lenguaje, con su maravillosa perfección, no es más que un signo convencional de nuestro pensamiento, o mejor dicho, un sistema convencional de signos y, por lo tanto, capaz de diversidad y de cambio. Tan arbitrario es el lenguaje que, si el que se expresa por medio de palabras es un extranjero, será preciso ingresar en su esfera significativa, aprender el idioma extraño, para comprenderlo. El lenguaje tiene sus propias leyes, independientes del pensamiento que contribuye a formar, y por ese motivo, no puede dejar de modificarlo en alguna medida, en contraste con la expresión natural de la imagen, directa y precisa.

El cine posee, además, la condición privativa de hacer vivir las imágenes, de captarlas en toda la intensidad de su dinamismo. Con sus numerosos recursos técnicos, con su agilidad para ofrecer a nuestra mirada una rápida sucesión de cuadros, su capacidad de detenerse ante el detalle preciso, que muchas veces es la clave de todo el pensamiento transmitido, el cine "hace ver", en cierta manera, las ideas en forma intuitiva.

"EL DESIERTO VIVIENTE" DE WALT DISNEY. — Todas estas excelencias del cinematógrafo en relación con la enseñanza y la difusión de la ciencia, hemos tenido ocasión de comprobarlas al admirar —no cabe otro término— la hermosa película de Walt Disney "El desierto viviente".

No me detendré a describir los valores artísticos de esta producción cinematográfica, el ímpetu violento de esa naturaleza agreste y salvaje, la fidelidad con que se nos comunica la sensación de vida que en ella palpita, la realidad de los colores en que vibra la luz en aureolas de gloria o se desvanece en la bruma de los atardeceres o en el misterio de la noche.

Sólo quiero detenerme a considerar la idea fundamental que —según entiendo— el arte de Disney quiso transmitirnos. Más allá de la anécdota trivial acerca de la manera de vivir de los animales, que no trasciende la enseñanza que puede adquirirse en un manual de Historia Natural, el artista ha querido adentrarnos en el eterno misterio de la lucha por la vida en el seno de la naturaleza. Para ello, toma únicamente los dos rasgos primordiales en que se fundamenta la vida natural: el conflicto de los sexos y la guerra implacable por la subsistencia, por el alimento. Toda la naturaleza gime en una lucha

sin cuartel de vida o muerte por la reproducción y por el alimento material, sin que las filosofías de los hombres, a pesar de esfuerzos inauditos, hayan podido explicarnos el tremendo misterio. La Divinidad ha prodigado en la organización física de la naturaleza todo el esplendor de su sabiduría. Y todo ello ¿para qué? ¿Para que esa misma naturaleza estuviera sometida al impulso salvajemente doloroso de tener que morir o matar a fin de que la vida pudiera seguir subsistiendo?

"Son formas del enigma la paloma y el cuervo", dice Darío.

El darwinismo pretendió descifrar el enigma: "Es el azar", afirma Darwin, quien determina la aparición de las formas nuevas en el adulto, o sólo en los gérmenes (según los darwinistas actuales), siendo el medio únicamente una criba, que deja pasar y sustituir las variaciones adaptadas por el azar a sus exigencias y suspende las menos favorables a la lucha por la vida.

El principio evidente y universal de causalidad es conculcado con esta teoría, al hacer salir lo más perfecto de lo menos perfecto, lo más complejo de lo menos complejo. El tránsito de lo inorgánico a lo orgánico quedó sin explicación satisfactoria, y se mantuvo sin respuesta la angustiosa pregunta de ¿por qué el dolor, por qué la lucha a vida o muerte en el seno de la naturaleza?

Tales son las consideraciones que sugiere esta película de Walt Disney, el mensaje que, sin duda, ha querido enviarnos, dirigido no ciertamente a los que sólo ven la superficie de las cosas, sino a aquellos que saben ahondar en los interrogantes que la vida nos propone.

EL CINE Y LA CIENCIA. — En contraste con lo que ocurre en nuestro medio, donde rara vez se presentan películas de divulgación científica, destinadas al gran público, las revistas especializadas de Francia y los catálogos de los Festivales del Cine que en Europa se celebran, nos informan de un intenso movimiento en favor del uso del cinematógrafo como medio de difusión de la ciencia.

De entre todo ese caudal de información, hemos seleccionado algunas noticias, las más interesantes, con el fin de comentarlas brevemente.

El festival de Venecia se caracteriza por la modalidad, que ya le es tradicional, de exhibir un vasto conjunto de películas documentales, educativas y científicas. En el año 1956, 23 naciones presentaron 120 películas, entre las cuales se destacan

varias de interés para la ciencia. La titulada "Investigación del tiempo", producción francesa dirigida por Max Gerard, expone el difícil problema de la determinación del tiempo, en el sentido de su medida exacta.

Es sabido que, desde el punto de vista filosófico, la escuela aristotélica define el tiempo como "la medida", o más exactamente, "el número del movimiento considerado respecto al antes y al después". Es el movimiento continuo en cuanto es medido en sus instantes sucesivos por el entendimiento del hombre. Tal medida sólo es posible en cuanto que nuestro espíritu se representa el continuo fluyente sucesivo como algo simultáneo, cuyos instantes anteriores y posteriores puede medir. El tiempo medida existe, por lo tanto, sólo como operación de nuestro espíritu, puesto que objetivamente, en la realidad concreta, sólo existe el instante presente, esencialmente fluyente, ese punto indivisible que en la duración separa el pasado, que ya no es, del futuro, que todavía no existe.

Los medios de que nos valemos para medir el tiempo son las unidades suministradas por el movimiento de la rotación de la tierra y por las revoluciones lunar y terrestre, etc.; y para las duraciones más cortas, el movimiento pendular regular de los instrumentos de precisión: relojes, metrónomos, etcétera; medidas objetivas, más seguras que las medidas subjetivas y que nuestras impresiones del presente, tan distinto del instante físico indivisible, ya que nuestra conciencia fácilmente nos ofrece como presentes unos estados de más de doce segundos.

La técnica expuesta por la película "Investigación del tiempo", es la observación astronómica directa, sometida a escrupulosas correcciones de fracciones de tiempo minimizadas hasta límites casi increíbles, y el uso de los "tops" recibidos de los observatorios especializados, distribuidos en diversos puntos del planeta. Una vez "determinado" el tiempo, es preciso "conservarlo". Desempeña esta última función un grupo de relojes colocados a treinta metros de profundidad bajo tierra.

Francia es la sede de la "Oficina Internacional de la Hora", que difunde con regularidad la hora exacta, por medio de una estación especializada de ondas cortas. Después de ofrecer una rápida visión del reloj parlante del Observatorio de París y de exponer el principio fundamental que lo rige y su funcionamiento, la película que comentamos establece una distinción entre el

"tiempo", como concepto científico y la "duración", noción subjetiva que cada uno interpreta de acuerdo a sus impresiones personales, variables según los estados psíquicos más o menos bruscos o más o menos agradables del propio temperamento.

EL CINE Y LA INDUSTRIA. — "Este metal de cien años", producción cinematográfica francesa, destinada a conmemorar el centenario del aluminio, nos presenta, en primer término, una reconstrucción de la sesión de la Academia de Ciencias de Francia en 1855, en la que el físico Sainte-Claire Deville lanzó al mundo el anuncio de haber logrado, por primera vez, aislar dicho metal, conquista llamada a tener incalculable repercusión en el progreso técnico de nuestros días. Poco tiempo después, el francés Paul Heroult y el americano Hall descubrieron, a su vez, el tratamiento por la electrólisis ígnea, procedimiento que es hoy universalmente aplicado.

La película muestra luego al detalle las canteras de bauxita de Provenza, las instalaciones electro-metalúrgicas de Saint-Jean de Maurienne y ofrece una rápida visión de las diversas etapas de elaboración del aluminio.

Si la utilización de este metal ha dado un poderoso impulso a la industria, el descubrimiento de la energía nuclear ha ejercido un influjo de todo punto decisivo en el dominio de la naturaleza por el hombre y es, al propio tiempo, el testimonio más elocuente del genio de nuestro siglo.

La producción francesa titulada: "U. 235 o la utilización pacífica del átomo" es la exposición, accesible y clara, de las teorías y primeras experiencias, tentativas y realizaciones en este campo de la ciencia. La película pone de relieve los avances realizados en Francia, Inglaterra, Canadá y Estados Unidos, y demuestra en forma evidente que la aplicación del átomo a fines de paz ha transformado a la humanidad en una sola comunidad científica, pues todas las naciones se hallan unidas por un mismo y noble afán de investigación y estudio.

EL CINE Y LA ENSEÑANZA. — Con un sentido altamente didáctico, el Ministerio de Educación de Francia encomendó a M. Marc Cantagrel, eminente cineasta, especializado en películas pedagógicas sobre física, matemáticas y tecnología, una realización que lleva por título: "El registro y la reproducción de los sonidos a través del film". Esta obra, destinada a los

educadores avezados en el manejo del cine como instrumento educativo, constituye la iniciación de una serie que ha de abarcar, con el mismo fin, el disco y la cinta magnética. Todos los datos del problema son tratados en forma exhaustiva: conformación de los sonidos, sonidos simples y sonidos armónicos, con la correspondiente inscripción de cada uno de ellos por medio del oscilógrafo catódico. Las vibraciones sonoras son transformadas en vibraciones eléctricas por el micrófono y el amplificador, reproduciéndose los sonidos con absoluta identidad de modulación respecto del sonido original. Todos los resortes técnicos de la grabación de los sonidos sobre una película, son expuestos minuciosamente a la contemplación del espectador, culminando la obra con un solemne canto coral, al propio tiempo que se desenvuelve en la pantalla el cuadro de las oscilaciones correspondientes. El contenido científico de esta película es extraordinariamente interesante y la calidad de la realización cinematográfica, digna del mayor elogio.

El Festival de Locarno consagra cada año parte de su programa al cine didáctico. El tema elegido el año 1953 fue la investigación etnográfica. Especialistas de diez naciones dictaron un ciclo de conferencias, analizando los objetivos y métodos de la etnografía, la función que en esta rama de la ciencia debe desempeñar el cine en la actualidad y otros temas afines. Las conferencias se complementaron con la exhibición de una extensa serie de películas muy ilustrativas sobre los extraños usos y costumbres de los pueblos indígenas de África, sus danzas, ritos y creencias.

EL CONGRESO ANUAL DEL CINE CIENTÍFICO. — Todos los años se reúne en París un Congreso del cine científico, cuyos principales animadores son los representantes de Inglaterra, Francia, Polonia y Estados Unidos y que tiene por finalidad primordial considerar en forma conjunta la obra realizada cada año con respecto a la aplicación del cine a la ciencia. En el curso de esta asamblea de cineastas y de hombres de ciencia, es habitual que aparezcan en la pantalla películas cuya fama ha trascendido al gran público, pero que no se han visto nunca en las salas cinematográficas, pues la misma índole de los temas tratados las destina a un público estrictamente limitado, a círculos científicos reducidos, como laboratorios de investigación, aulas universitarias o anfiteatros de estudiantes. El año próximo pasado se exhibieron en este

congreso, numerosas películas sobre temas técnicos industriales e investigaciones médicas de laboratorio. En ellas se conjugan de modo admirable la precisión pedagógica y el valor artístico con el alto nivel logrado en el dominio de las ciencias de la naturaleza.

CONCLUSIONES. — Todo este intenso movimiento de aplicación del cine a la enseñanza y a la ciencia, documentado por revistas especializadas —de las cuales hemos espigado y comentado nada más que breves noticias— evidencia un desarrollo de la ciencia auténtica que debe ciertamente enorgullecernos.

Los temas tratados por el cinematógrafo científico de los países de Europa no se circunscriben al estudio de las ciencias de la naturaleza, sino que extienden su dominio a las ciencias cuyo objeto es el hombre, portador de una conciencia y centro de voluntad.

La ciencia moderna empieza a tomar forma a partir del Renacimiento, y en el siglo X X y en lo que va del XX alcanza su mayor esplendor. Sus rasgos distintivos son: Conocimiento basado en el método experimental, bajo el régimen de la inteligencia racional y guiado por el principio de causalidad. Sólo bajo tales condiciones el conocimiento puede ser considerado científico y provisto de todas las garantías necesarias para tenerlo por verdadero.

Hoy, dentro del círculo cultural de Occidente, se observa claramente un fenómeno inverso: Se ha llegado a la convicción de que hay secto es del saber cuyo objeto difiere sustancialmente del objeto de las ciencias llamadas naturales y que, por lo tanto, no consienten ser tratados con métodos inadecuados a su esencial realidad. Esta comprobación puso de manifiesto, el absurdo de estudiar según las relaciones de causa a efecto, las ciencias cuyo objeto es el hombre, sujeto de libres determinaciones y que se caracteriza por la aspiración hacia fines y la conducta inspirada en ellos.

Frente a nuevas y grandiosas conquistas, la Historia, la Sociología, la Política, la Psicología, la Historia de la Cultura, la Etnología, etc., fueron objeto de una nueva y revolucionaria interpretación. Incluso la medicina descubre de nuevo el alma humana.

Toda esta labor investigadora, hoy en plena actividad, se ha combinado con la creación de institutos y el desarrollo de la técnica, con la fundación de escuelas, revistas y organismos

de coordinación y cooperación. El progreso científico, en su doble aspecto de ciencias de la naturaleza y ciencias del espíritu, se ha enseñoreado de la tierra toda y ha creado una noble comunidad de ideales.

En esta floreciente obra de cultura el cinematógrafo está llamado a ocupar —y ocupa ya de hecho— un lugar destacado. Formulemos votos para que también en nuestra patria no sea el cine tan sólo un medio de legítimo solaz y esparcimiento, sino también un instrumento eficaz de enseñanza y divulgación científica.

ENRIQUE BONFANTI.

CÓMO PUEDEN AYUDAR LAS ESCUELAS EN LA CONSERVACIÓN DE LOS RECURSOS NATURALES, Y ESPECIALMENTE DEL SUELO

La educación es todavía probablemente la más poderosa fuerza a disposición del hombre. La conservación del suelo es hecha por el pueblo. Como muchas otras cosas, no se hará a menos que el pueblo sepa cómo y por qué debe hacerla.

Nosotros tenemos muchas fuerzas educativas aparte de las escuelas. Revistas, periódicos, radio, cine, iglesias, cooperativas y numerosas instituciones que con o sin intención influyen grandemente en la opinión pública. Muchas de ellas pueden ser llamadas instituciones educativas en alguna extensión. Pero nosotros tenemos solamente una institución que se propone enseñar prácticamente a todo el pueblo y darle una educación sistemática sobre las artes y ciencias fundamentales y esenciales para formar ciudadanos bien informados.

Esta institución es nuestra escuela primaria suplementada por las escuelas religiosas y privadas. Estas escuelas elementales a las cuales prácticamente cada muchacho o muchacha le dedica una gran parte de sus años iniciales de formación, son la columna vertebral de nuestro sistema educativo. Los conocimientos, pensamientos y hábitos de nuestra juventud, están moldeados en gran parte por los maestros de estas escuelas.

Creo que es absolutamente esencial que estos maestros no solamente estén bien informados acerca de la conservación

de los suelos sino que además ellos deberán estar bien entrenados en los métodos de impartir este conocimiento a los niños que asisten a sus clases. El futuro bienestar de nuestra Nación, el porvenir de nuestra civilización puede muy bien depender de la eficacia con que los maestros elementales realicen su tarea de inculcar los principios conservacionistas entre los niños y niñas en edad escolar.

Algunos pensamientos fundamentales que deben ser enseñados a cada niño.

No pretendo ser una autoridad como maestro pero tengo algunas ideas bien definidas sobre qué es lo que debería enseñarse en materia de conservación de suelos. Opino que cada niño ya sea que viva en una chacra o en una ciudad, debe ser instruido acerca de los principios fundamentales en lo que respecta a nuestros recursos indispensables y su adecuada conservación, tan rápidamente como ellos sean capaces de comprender los principios básicos y prácticas fundamentales a seguir.

Nosotros enseñamos a nuestros alumnos a ser honestos, limpios, virtuosos y educados. Enseñamos también los principios democráticos de tolerancia y libertad de pensamiento como fundamentales para nuestra forma de vida. Yo creo que debemos enseñar la conservación de los recursos naturales con la misma intensidad con que enseñamos estas y otras prácticas y principios fundamentales.

La conservación de nuestros indispensables recursos naturales debe llegar a ser una parte de nuestra vida. El dilema es claro. ¿Debemos continuar explotando y malgastando los suelos y otros recursos naturales que hemos recibido, o deberemos conservarlos al máximo al mismo tiempo que los utilizamos? La respuesta es obvia. Deberemos tratar de conservarlos a medida que los usamos prudentemente.

Existen unos pocos principios fundamentales de conservación que creo deben ser enseñados a todos los escolares. Ellos son:

1. La mayor parte de nuestros alimentos y vestidos y todos nuestros productos forestales se originan en el suelo. La delgada capa de suelo que cubre las regiones productivas de nuestro planeta es la fuente principal de la subsistencia humana.

2. Nuestros recursos naturales no son indestructibles. Ellos pueden ser gastados o arruinados si se los usa imprudentemente. Esto ha ocurrido ya y un gran número de nuestros recursos naturales ha sido seriamente afectado en todo el mundo, especialmente la tierra productiva.
3. No es necesario arruinar una tierra a medida que se la usa. Nosotros podemos conservar el suelo y aun hacerlo más productivo a medida que lo cultivamos, si seguimos métodos adecuados de manejo del suelo.
4. Algunos agricultores y ganaderos son ya conservacionistas y su número aumenta con el tiempo. Tenemos el conocimiento científico necesario para que todos los hombres del campo lleguen a ser conservacionistas. Son más difíciles y costosos a lo largo los métodos equivocados de manejo del suelo que las adecuadas prácticas conservacionistas.

Estos conceptos fundamentales deben ser cuidadosamente inculcados en la mente de cada niño como parte de su pensamiento normal. Pero no deberemos detenernos allí. Todos los escolares de las áreas rurales deben aprender las técnicas de conservación tan rápidamente como sean capaces de hacerlo, ya sea en las escuelas elementales o en las secundarias.

En efecto, esta cuestión es de una importancia tan fundamental que no debemos dejar de enseñarla nunca. Debe ser incluida como una parte de los cursos de ciencias sociales en los colegios y debería ser enseñada siempre que sea posible a todos los adultos donde quiera que ellos se encuentren.

Resumiendo: Para mí, la conservación de nuestros recursos naturales es una parte esencial de la salud física, moral, social y económica del mundo entero. Es esencial en cualquier futuro programa de paz y prosperidad.

Los recursos naturales que yo quisiera ver conservados son la fuente de nuestras fuerzas, la medida de nuestras oportunidades, el alimento de nuestro cuerpo y el sustento de nuestro espíritu. Lo que soy yo y lo que son ustedes ha sido construido con estos recursos. Preservarlos de la destrucción antes de que la libertad misma sea destruida o debilitada, es el mayor problema de la humanidad actual.

Si deseamos eliminar las causas básicas de falta de entendimiento, inquietud y lucha entre los pueblos del mundo, debemos eliminar las causas que provocan el hambre, el descorazonamiento y la servidumbre. En los anales históricos el mal uso de los recursos naturales —especialmente del agua y del suelo— ha sido siempre seguido por restricciones de toda clase: culturales, económicas, físicas y políticas. La más seria de todas es la inevitable disminución de las oportunidades de bienestar, tanto de la colectividad como de los individuos, como asimismo de la posibilidad abierta a cada hombre de llegar a ser su propio patrón.

Conservación para mí, es una necesidad mundial que requiere la participación activa de cada hombre, mujer o niño en cualquier rincón de la tierra. Nosotros debemos proteger y usar prudentemente los recursos que aún nos restan; los recursos con los que han sido construídas la libertad y el progreso. No podrá haber un mundo libre sin ellos.

La tierra productiva es nuestra base, porque cada cosa que nosotros hacemos y aún casi todo lo que nos convierte en una gran nación, comienza y se mantiene con la sostenida productividad de nuestras tierras agrícolas.

Para alcanzar este gran premio, para cumplir esta tarea que oscila entre la suficiencia y la necesidad, la vida y la muerte, cada uno de nosotros deberá contribuir voluntaria y libremente, con su cerebro y sus músculos. El aumento de la población, los sensacionales adelantos de la medicina, la cantidad cada vez menor de tierra productiva, todos estos y muchos otros signos de estos tiempos dan fuerza al desafío que cada uno de nosotros tiene que vencer.

Usted y yo como individuos o agrupados, somos parte de la raza humana, inseparables, excepto por la muerte. El mismo desafío nos confronta a cada uno de nosotros. Su deber y el mío es claro como el cristal y es intransferible. Podemos ayudar o podemos oponernos. La elección está en nuestras manos.

H. H. BENNETT.

Traducción y adaptación de la Asociación de Amigos del Suelo. Buenos Aires.

EL NIÑO EN LOS ESCRITORES DE AMÉRICA

Amado Nervo no ha encontrado aún el ensayista erudito, con la obsesión de su obra. Si bien su personalidad multiforme ha sido vastamente estudiada, falta el libro necesario, obra de la investigación prolongada, del afán paciente y de la interpretación acertada. Ese libro fundamental que sólo puede ser engendrado por la conjunción difícil del talento y el amor —el caso de Arturo Marasso con Rubén Darío— y en cuyas páginas, profundas y elevadas, el poeta vuelva a vivir su vida y a realizar su obra. Nadie le ha ordenado: “¡Levántate y anda!”. Nadie le ha dicho: “Revive por aquí, por entre los renglones de este libro”. Es lástima. Porque la falta de ese estudio poliforme de la vida y la obra del autor de *Elevación*, priva del conocimiento de muchos aspectos importantes de su obra. Es que Nervo, popularizado en base a la tragedia sentimental que narra el más difundido de sus libros, es, por sobre todo y en base a ello, el autor de *La Amada Inmóvil*, frecuente objeto de disquisiciones literarias y las demás facetas de su obra quedan así, o pospuestas u olvidadas. Hay por ello aspectos de la labor de su mentalidad privilegiada que permanecen ignorados, al menos para el lector habitual. ¿Quién se ha detenido, por ejemplo, a estudiar la personalidad de Amado Nervo, pedagogo? Alfonso Reyes menciona, al pasar, su condición de profesor de la Escuela Preparatoria de México, y Concha Meléndez, en un breve capítulo de su libro, hace ya muchos años agotado, sobre el poeta, hace referencia a su preocupación por los problemas de la educación y a su amor por los niños. No conozco otra mención. Sin embargo, Amado Nervo realizó una vasta labor en pro de la educación y en beneficio del niño y el adolescente. Estudiante en el Seminario de Jacona en el alborar de su pubertad, poseedor de una sólida cultura humanística más tarde, la misma era apta para transmitirla desde el aula. Fué, de tal suerte, profesor de Gramática en la Escuela Nacional Preparatoria de México. Allí, enseñando nuestro idioma y su estructura, sin duda, encontró su labor docente mil interrogantes, que posteriormente, al encomendársele por la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, una misión en el extranjero, serían objeto de su dedicación. En efecto, designado por ese departamento de Estado, para realizar en Europa estudios sobre la enseñanza de

la lengua y la literatura, redactó gran número de informes que fueron publicados en el Boletín Oficial. En ellos se revela la preocupación de Nervo por los grandes problemas de la enseñanza. Expone sus puntos de vista en torno a los libros para los niños. Dice, tras quejarse de la falta de una literatura infantil: "¿Por qué la Secretaría de Instrucción Pública no patrocina un concurso de novelas de niños, de estudios de almas infantiles? Haría un gran bien, porque no se puede mejorar una raza si no se la conoce, y no se conocen ni las energías, ni las aspiraciones, ni los defectos, ni las cualidades de una raza, si no se ha familiarizado uno con sus niños, si no se ha asomado uno al alma en germinación de sus niños, si no ha sabido uno amarlos, comprenderlos, dirigirlos". Opina respecto a los "jardines de infantes" y tras referirse a los métodos suizos y alemanes expresa que "en Granada hay un canónigo, el señor Manjón que "va para santo" según dice la gente y que ha presentado o estudiado algo del sistema froebeliano, el cual aplica a los gitanillos del Albaicín y del Sacro Monte. Es cosa conmovedora ver a esos chicuelos, hasta hace poco ineducables e incapaces de domesticarse, salir en bandadas de sus cuevas para ir a la escuela del padre Manjón, que, por artes que a la gente sencilla parecen milagrosas y cuyo secreto en suma no está más que en la dulzura y la paciencia mezcladas a cierta amenidad en el aprendizaje, ha logrado desasnar a muchos e infundirles estímulos para ellos desconocidos". Se refiere también en esos informes a la dificultad que los métodos froebelianos encuentran dentro de la enseñanza materna, en los países latinos y comenta: "Quizá este que podríamos llamar profesorado nimio y metódico de la madre que norma y guía cada movimiento de su hijo hacia un fin perfectamente definido, convirtiendo en un pretexto de educación cada detalle de la vida exterior, no cuadra con la índole de nuestras madres latinas, cuya dulce misión, más está entretejida de besos que de enseñanzas" y agrega en seguida: "Hagamos del niño desde su más tierna edad un ser consciente de sus deberes y de sus derechos. Démosle lo más pronto posible lo que los americanos llaman con una frase muy atinada y típica "el control de sí mismo", *the self control*; coloquémosle en su verdadero lugar con relación a todas las cosas, para que la perspectiva de ellas nunca le engañe y hagamos, por medio de útiles escolares, sabiamente contruídos y combinados, que se forme un concepto sintético del

mundo que le rodea y de la manera de utilizarlo". Le preocupa, además, la enseñanza de la gramática, cuyo éxito, para él, depende de la disminución de las reglas, de la enseñanza práctica y de la importancia que se dé al estudio de la composición. Manifiesta en ese sentido: "la elocución es el alma de la enseñanza de una lengua. El estudio de la representación gráfica de ésta y de sus leyes gramaticales no debe iniciarse sino cuando el vocabulario ha adquirido un desarrollo suficiente, apoyándose sobre el vocabulario". Pero su interés por los problemas de la enseñanza no se detiene allí. Le preocupa la cultura popular, la educación de las clases postergadas. Para lograrlo, hay que evitar, desde luego y por cuantos medios estén a nuestro alcance, que los muchachos de las clases humildes entren a los talleres antes de haber completado su instrucción secundaria, y agrega, refiriéndose a las escuelas nocturnas: "Para los aprendices incultos queda el remedio de la escuela de adultos. Pero por ningún concepto, la escuela nocturna. La escuela nocturna en este caso viene, después del horrible trabajo del día, a ser una pena más y todos sabemos que el aprendizaje con pena y esfuerzos excesivos se vuelve nulo también". Elogia entonces la legislación suiza que ordena: "Queda terminantemente prohibido dar clases a los aprendices u obreros jóvenes después de las siete de la noche". Es decir, nada deja de interesarle, todo le preocupa, no hay problema educativo cuyos interrogantes no trate de deshacer entre sus manos. Su interés se extiende desde los jardines de infantes hasta la escuela para adultos, pasando por la enseñanza secundaria sin olvidar las "Escuelas santonatorios" y el teatro infantil, y siempre, tras la observación está la palabra acertada, la sugerencia inteligente, la solución original y ventajosa.

Pero, ¿ello solo, su paso como profesor en la Escuela Preparatoria y su prédica en pro de la educación, dicen de su vocación pedagógica y de su amor por la niñez? No. Cábele a Amado Nervo la honra de haber puesto en manos de los niños de su tierra, un libro de "cantos escolares", "dolido de ver —dice— lo que se cantaba en las escuelas y en los coros de muchachos". Esos versos, algunos adaptación de motivos folklóricos, muchos traducidos del francés y otros originales de Nervo, fueron publicados, algunos con notación musical, en México, en 1903, es decir, cuando el poeta ya había escrito uno de sus poemas fundamentales "La hermana agua", y su acierto es tal que aún hoy

los aprenden de memoria con verdadero embeleso los niños que hablan la lengua castellana. Nervo se preocupó porque el niño tuviera "sus" versos, escritos para él y por él inspirados. En el prólogo de la colección a la que aludo, el poeta atribuye al canto colectivo una importante misión pedagógica. "El canto colectivo establece —manifiesta— invisibles pero reales lazos de solidaridad, educa sin esfuerzo la voz, embelesa los recreos, fija amablemente verdades que más tarde producirán fruto, hace amar la naturaleza y la vida por lo que tienen de fecundo y noble, suaviza las nacientes asperezas de carácter y conforta para la labor". Esa convicción le mueve a escribir para los niños, que carecen de una literatura infantil. Esa lección de Nervo reconforta. Abandona por un instante la lira con la que ha llegado a las alturas de "La Hermana Agua" y que le hará famoso, y desciende humilde, al niño, para evitar su orfandad poética. Traduce del francés, retoca versiones folklóricas y escribe poesías exclusivamente para niños. Todo eso mientras otros altos poetas ensayaban incomprensibles mallarmeismos ansiosos de gloria. Su amor —el amor siempre ilumina— lo lleva a acertar. Escribe así versos tan logrados como éste, que tiene hace ya años, carta de ciudadanía en la poética infantil de todos los países de habla castellana:

"Tengo un gatito friolento/ y si lo dejo dormir/ junto conmigo, al momento/ su ron-ron, empiezo a oír/ y el ron-ron quiere decir:/ "¡Gracias estoy muy contento!".

No se podría hablar, sin duda, de un Nervo pedagogo, si tal designación la reservásemos para el creador de un sistema pedagógico, mas puede hablarse de un Nervo pedagogo si entendemos por tal, la vocación pedagógica cristalizada en valiosos conceptos, expresada en interesantes observaciones y evidenciada en una continua preocupación por los problemas de la educación, del niño y de la cultura.

PEDRO CÉSAR MALVIGNE.

FORMACIÓN Y VOCACIÓN

Si se consideran las inmensas posibilidades de conocimientos que al parecer pueden ser sacadas de la enseñanza de las artes plásticas conviene acrecentar la atención acordada al problema de la formación profesional de los maestros.

En efecto, sería grave que los métodos pedagógicos nuevos fueran utilizados sin discernimiento por maestros insuficientemente informados o insuficientemente formados.

Sería deseable que el reclutamiento de los futuros maestros fuera muy variado a fin de favorecer el máximo de intercambios y confrontaciones de ideas entre antiguos alumnos de la Escuela de Bellas Artes, de la Escuela de Artes Decorativas o de escuelas privadas indiferentemente especializados en pintura, escultura, grabado o cerámica y que hayan encontrado en sus escuelas los elementos de una síntesis de cultura artística.

Las formalidades de admisión en las escuelas de prueba deberían tender a acordar, en los candidatos, una importancia particular a las cualidades siguientes: indiscutible maestría artística en una especialidad; cultura general bastante adelantada; personalidad y sensibilidad que realmente permitan el contacto con los futuros alumnos; sentimiento de la responsabilidad de sus funciones de futuros maestros.

Los cursos serán repartidos por lo menos en dos años. En primer año tenderán casi exclusivamente a desarrollar la personalidad de los futuros maestros. Los problemas de orden específicamente pedagógicos serán dejados para segundo año. Lo esencial es formar maestros capaces de adaptarse a los temperamentos más diversos de sus futuros alumnos y dotados de una personalidad suficiente para saber enriquecer, en ocasión de un curso de dibujo, la sensibilidad y la inteligencia de los mismos. Cada pasante debe poder desarrollar en sí el gusto de la creación personal. En su especialidad deberá ejecutar un trabajo sobre un tema bastante amplio para sentirse libre. El trabajo será comentado por el profesor, quien, después de las observaciones de carácter estético, verificará si al ejecutarlo, el pasante ha pensado en posibles aplicaciones pedagógicas. De este modo, una actividad libre y desinteresada al principio, es enfocada, pero solamente fuera de tiempo, bajo el aspecto de una realización pedagógica.

Pero el interés principal de estos ejercicios es mostrar a los futuros profesores que no deben perder en su profesión el hábito y el gusto del trabajo personal; en la adquisición de conciencia de la actividad creadora, el profesor se enriquece de experiencias que facilitarán su tarea.

Es esencial que los futuros profesores estén informados muy exactamente de las posibilidades de documentación ofrecidas por los museos y las bibliotecas. En ocasión de un trabajo determinado, se les iniciará en el funcionamiento de estos organismos recurriendo siempre a los especialistas.

Igualmente serán preparadas lecciones sobre el papel preciso de los profesores de las otras disciplinas (literatura, ciencia, etc.) a fin de facilitar más tarde la realización de ejercicios efectuados en coordinación con las otras clases.

En el curso de su carrera, las clases a que se dirigirán los futuros profesores serán conjuntos formados por personalidades distintas con las cuales deberán realizar, sin embargo, un trabajo coherente. Ejercicios de trabajo en equipo (decoración de un aula por los dibujantes, confección de un libro en colaboración con los alumnos de literatura) son como la prefiguración de algunas dificultades, inherentes a toda enseñanza.

A fin de año, se pedirá a los pasantes la realización de una monografía artística; este trabajo permitirá verificar los progresos efectuados.

Los cursos de segundo año se consagrarán principalmente a los problemas de pedagogía, sin perder de vista que los pasantes no deben, por lo mismo, cesar de enriquecer su cultura general; se deberá, pues, favorecer al máximo la continuación de las actividades practicadas en primer año. Como lo hemos dicho ya, el mejor profesor es aquel que no cesa de aprender por su propia cuenta, aquel cuyo deseo de cultura encuentra una prolongación natural en su enseñanza. Es, pues, tan importante mantener el futuro maestro en estado de receptividad como enseñarle el arte de transmitir sus conocimientos.

Pero las nuevas concepciones de la pedagogía son demasiado hostiles a la sistematización para que se pueda proporcionar recetas a los pasantes. Muy por el contrario, es necesario conducirlos a adquirir conciencia por sí mismos de las dificultades de su tarea. Cada curso es un acontecimiento viviente y único, del cual deberán descubrir la estructura. No se pueden usar los mismos métodos en los diferentes géneros de escuelas. Así, en la enseñanza técnica, hay que saber adaptarse a las exigencias imperiosas de cada rama.

Por eso preconizamos que cada uno realice algunas lecciones de aplicación (dos horas de curso por semana). Elegirán libremente los temas y los prepararán individualmente. No obstante, para que los alumnos no sean víctimas de la inexperiencia de los pasantes o de sus fantasías, el conjunto de los cursos de un trimestre formará un todo homogéneo. A esas lecciones asistirán el profesor y dos pasantes solamente (los que habrán sido designados para las lecciones siguientes) a fin de no modificar el ambiente de la clase con la introducción de demasiados elementos que le sean extraños.

Es muy importante que los pasantes comprendan las condiciones particulares de la enseñanza del dibujo y el ritmo original que debe tener un curso: diálogo continuo entre el profesor y los alumnos. Hay allí material para minuciosos estudios, cuya aparente simplicidad no debe ocultar la importancia primordial. Este problema está ligado al de la disciplina que no puede concebirse para una lección de dibujo como para una lección de matemáticas. La agilidad y la libertad de un curso de dibujo ocasionan fatalmente un mínimo de agitación en la clase. Una disciplina rigurosa sofocaría la espontaneidad del trabajo, pero también hay que saber contener esta agitación antes que degenera en indisciplina. La atención de los pasantes jamás será demasiado atraída sobre los incidentes de su comportamiento con los alumnos, y es bueno que lo aprendan para preservarse de crueles decepciones.

Cuando los pasantes hayan reconstituido por sí mismos la armazón de una lección, reflexionando sobre su ritmo y sobre los problemas delicados de la disciplina, podremos pedirles la preparación minuciosa de un curso sobre un tema determinado. Aprenderán a establecer fichas de trabajo cuyo valor será controlado por el profesor. Esas fichas no son modelos intangibles. Están destinadas a hacer reflexionar sobre la utilidad que debe presentar la lección. En efecto, toda lección que no condujera a nada desde el doble punto de vista cultural y plástico, sería una lección frustrada. Cada tema dado debe dar ocasión, entre los alumnos, a emplear, a la vez, las facultades creadoras sensibles e intelectuales y los medios técnicos de expresión. La utilidad de las fichas es obligar a los pasantes a una saludable gimnasia intelectual para hacerles comprender poco a poco que no

hay sujeto privilegiado para la enseñanza de tal parte del programa o tal otra, que el sujeto es indiferente y que todo sujeto puede servir como punto de partida a cualquier estudio.

Los pasantes establecerán un programa de cursos escalonados en un mes, lo prepararán en fichas de trabajo, lo harán realizar por los alumnos y por último comentarán en presencia del profesor los resultados obtenidos por los alumnos.

Los pasantes, en coordinación con los profesores de otras disciplinas, organizarán trabajos prácticos, empleando los conocimientos adquiridos en el curso del primer año. Paralelamente, para adquirir un conocimiento más profundo de los niños, harán salidas con sus alumnos (visitas de museos, dibujos al aire libre, etc.): serán por tanto, para ellos, ocasiones para observar su comportamiento en un marco menos rígido que el de la clase.

Importa que un profesor sepa rápidamente descubrir los diversos tipos de alumnos a que se dirige. Cuando se encarga a los pasantes el análisis de la personalidad de uno de sus alumnos en un trabajo escrito muy completo, se los habitúa a tener en cuenta particularidades individuales y a adaptar su enseñanza a los casos particulares. Ese informe muy detallado, acompañado por dibujos ejecutados por el alumno examinado, sería más fructífero aún, desde el punto de vista pedagógico, si fuera ejecutado paralelamente por los profesores de otras disciplinas a propósito del mismo "sujeto".

Para que los pasantes no se imaginen que tienen todo para descubrir en el dominio pedagógico (actitud muy difundida), sería conveniente darles algunas lecciones sobre los grandes creadores de métodos. Estas lecciones constituirían al mismo tiempo una buena preparación para contactos internacionales, tales como intercambios con escuelas extranjeras y organización de viajes al extranjero.

HENRIETTE NOYER.

Art et éducation, Unesco, París.

Traducción de Nélida C. Marchi.

POLÍTICA PEDAGÓGICA

Corresponde en primer término y rehuendo toda definición, establecer que la educación es el principal problema de la humanidad, por cuanto es la función que tiene por objeto mejorar indefinidamente la condición integral del hombre, cultivándole su mente, su corazón y su brazo; es decir, mental, moral y físicamente. Lo perfecciona y eleva para que sea digno de llamarse hombre cabal. Es lo más fundamental para los individuos y los pueblos. Sin previa educación, no hay técnica, ni ciencia, ni arte.

La humanidad en su milenario proceso evolutivo, ha sustituido unos problemas por otros, ha alterado o reformado ideologías, ha sepultado principios y normas, ha rechazado plataformas; pero ha mantenido invariablemente el ideal de educación. Al respecto, coincidieron siempre los más antagónicos sectores. En sus luminosos e insuperados tiempos, la antigua Grecia tenía la "paideia" como institución constituida por las sublimidades de la cultura y la "Polis" como conjunto de todas las instituciones, costumbres, leyes, ideas, etcétera. Aristóteles enseñaba: "el hombre puede desarrollarse en la familia, pero sólo puede llegar a su completo desenvolvimiento en la polis, y, por consecuencia, es naturalmente un ser político". De "polis" —ciudad— proviene política y político. La convivencia es sustentada por las instituciones tangibles o no, que permiten satisfacer necesidades y aspiraciones, distribuir justicia, establecer derecho, seguir derroteros de progreso y alcanzar los beneficios de la civilización. A su vez, las instituciones son nutridas por la política, sentida y practicada como la concibieron Platón y Aristóteles, en sus obras "República" y "Política" respectivamente; vale decir, como la teoría y la ciencia del Estado. Como organización de los intereses humanos o agrupación ordenada de las fuerzas de un país y a la vez ciencia y arte de gobernar, dar leyes y normas para mantener la tranquilidad y seguridad públicas, conservar el orden y las buenas costumbres. Cuando se habla de política como institución reguladora de la vida de los hombres en comunidad, quedan descartadas las aberraciones y falsos conceptos que son su desprestigio y negación.

Educación, para los griegos en su hora reluciente, consistía en formar hombres capaces de armonizar en la "polis", como rectores de la misma o células capaces de integrarla consciente y disciplinadamente. Era función política plasmadora del ciudadano.

Ahora bien, la ciencia que trata de la educación presenta dos aspectos o sea: pedagogía política y política pedagógica. La primera estudia teórica y científicamente las relaciones del Estado y la educación, la segunda abarca en resumen las circunstancias de la educación pública, sus relaciones con ambiente y momento, prácticas, medidas de gobierno, programa educacional de los partidos, anhelos de los diversos sectores sociales. La educación, para la pedagogía política es un fenómeno espiritual, ideal, social e histórico; en tanto que para la política pedagógica es un conjunto de procedimientos para realizarla. Aquella especifica cómo es la educación, ésta cómo debe ser. Respectivamente cumplen, un cometido intelectual y un concreto propósito y realización.

Domingo Faustino Sarmiento, con su genialidad concibió la educación como el máximo problema social a resolverse mediante una política pedagógica, encaminada a formar el hombre con personalidad propia y a la vez apto para ser útil a la comunidad. Su apostolado e ideal era "educar al soberano" o sea el conjunto constitutivo del pueblo a quien deben favorecer todas las mejores condiciones y virtudes individuales. Le atribuía importancia al hombre ciudadano y no al individuo aisladamente. "Supo conjugar como ninguno de sus contemporáneos —ha dicho Luis Reissig— y como ninguno de los que le sucedieron, al educador con el político" y redujo en el hecho su problema a esa frase, no formulada pero seguramente concebida: "dedico el esfuerzo de mi vida al ciudadano de mi patria, tal como debe ser y como espero que algún día podrá ser". Con su política pedagógica fué en América un precursor de la educación orientada hacia la formación de la democracia que dignifica al hombre aisladamente y como integrante de la comunidad. No lo fué por simple intuición o improvisación, sino por clarividencia y también porque conocía las ideas renovadoras de fines del siglo XVIII. En su provincia natal y en Chile había leído todo lo que sobre el particular estuvo a su alcance. En sus últimos años manifestó: "La enciclopedia y los libros del siglo dieciocho que nosotros encontramos y leímos —Dios nos lo perdone— entre

los bienes de don Ignacio de la Rosa, en San Juan, el compañero de trabajos de San Martín, como pudimos ojear la Enciclopedia sin tanto horror, en casa de don Rudecindo Rojo". En Francia, a raíz de la revolución de 1789 la educación había experimentado una transformación fundamental, convirtiéndose de estatal en nacional, es decir, que ya no estaba dedicada a la preparación del despotismo ilustrado y el súbdito, sino al ciudadano. Condorcet había proclamado: "Hay que ofrecer a todos los individuos de la especie humana los medios de proveer a sus necesidades de asegurar el bienestar, de conocer y ejercer sus derechos, de comprender y cumplir sus deberes, asegurar a cada uno la facilidad de perfeccionar su industria, de capacitarse para las funciones sociales a las que debe ser llamado, desarrollar toda la extensión de las aptitudes que ha recibido de la naturaleza y establecer de este modo entre los ciudadanos una igualdad de hecho y dar realidad a la igualdad política reconocida por la ley". Para Sarmiento, la educación era función formativa de la conciencia individual y colectiva del ser humano. La pedagogía de Sarmiento, consideraba la comunidad como el ambiente donde el individuo se forma y vigoriza en relación con los demás seres, siendo guía de sí mismo por el libre examen y practicando la solidaridad en pro del bien común.

La titánica y todavía no superada obra educativa de Domingo Faustino Sarmiento, docente, estudioso, político, publicista, gobernante y legislador, tenía por norte y objeto crear, fomentar y asegurar la escuela pública creadora y pujante para formar el hombre pleno de responsabilidades; apto para cumplir ampliamente sus obligaciones y ejercer disciplinadamente sus derechos, de inmanente sentimiento patriótico; resuelto y entusiasta para servir al progreso, la civilización, la verdad, la cultura y la belleza; defensor incansable de la libertad, la justicia y el derecho. La escuela transformadora de la sociedad en sentido progresivo, reclama educación —dice Alberto Palcos— con apostólico empeño, porque la educación se propone crear hombres y a los hombres se les debe modelar desde las aulas primarias. Pero encuentra que el ciclo elemental de enseñanza es de suyo insuficiente y llega en cierta oportunidad a señalar la conveniencia de extender a toda la juventud los beneficios del colegio nacional, tomado como ciclo preparatorio de la vida y no cual puente obligado tendido hacia la universidad.

No le entusiasman las universidades puramente doctorales; le gusta que sean centros activos de investigación y adaptados a las necesidades regionales".

Durante sus viajes de inquisidor por el mundo, dedicó preferente atención a los asuntos educacionales. Directamente conoció y analizó ideas y sistemas a la vez que departía con personalidades dedicadas a la materia. En Norte América trabó amistad y discurrió con Horacio Mann, coincidiendo en puntos fundamentales y detalles. Siempre tuvo presentes las siguientes opiniones del gran educador del Norte: "El que no ha desenvuelto su razón con el auxilio de los conocimientos que habilitan su recto ejercicio, no es hombre en la plenitud y dignidad de la acepción". "La ignorancia es casi delito, pues presupone la infracción de las leyes morales y sociales". "La asociación de los hombres tiene por objeto la elevación moral de todos, y el amplio auxilio mutuo para asegurar su quietud y felicidad". "La producción es obra de la inteligencia".

PEDRO ORTEGA.

LA EDUCACIÓN DE UNO MISMO

Educación, que es una tutela, tiene por objeto conducir al ser al punto donde no tendrá más necesidad de tutela. La educación ha terminado cuando el ser se basta a sí mismo, es decir cuando ha tomado su forma definitiva, a la vez su estructura mental adulta y su carácter individual.

Esto necesita todavía explicación. Una estructura mental está estabilizada, en efecto, cuando el ser está perfectamente adaptado al medio en el cual va a vivir y cuando al mismo tiempo se libera suficientemente de ese medio para afirmarse frente a él. Esto es así en cada una de las etapas del desarrollo mental. El medio al cual el ser se acomoda, es solamente aquel que corresponde a sus intereses y a sus posibilidades del momento: así el niño en el medio físico, luego en el medio social concreto; así el adolescente en un medio social ensanchado, que no es todavía, pero que deviene progresivamente el medio de la civilización humana y aun de la pura espiritualidad. Dicho de otra manera, ni

el ser ni el medio están perfectamente definidos antes de toda experiencia. El medio hace al ser y el ser se hace poco a poco su medio. El mundo se amplifica y se complica de edad en edad, y, al mismo tiempo, a contactos de más en más numerosos y variados, corresponden aptitudes cada vez más sólidas y cada vez más ricas. ¿El medio se ensancha bajo la fuerza de expansión del ser? ¿El ser se consolida bajo la presión del medio? La apariencia está en favor de la segunda hipótesis, ya que objetivamente hablando el medio, con sus estratos superpuestos de experiencias posibles, preexiste al ser. Pero la primera hipótesis no tiene, sin embargo, menos valor, porque el mundo no existe para el ser sino con la condición que se haya vuelto capaz de asimilárselo, de representárselo. Tal es el sentido del crecimiento. En cada una de sus etapas se realiza un cierto equilibrio, que hace que cada edad sea en un sentido todo lo que él puede ser y realiza la plenitud de perfección del que es susceptible. Es esto lo que hace el valor de la infancia, luego el de la adolescencia y por fin el de la madurez. El hombre maduro es aquel cuya capacidad de representación, teórica, práctica, estética, es adecuada a la totalidad de la experiencia posible. Es por ello que una educación bien conducida no "quema" ninguna de esas etapas y se aplica a seguir al ser en su propio desarrollo: condición indispensable para llevarla a su fin.

La educación tiene éxito, cuando el ser alcanza, a edad conveniente, su madurez. Ésta se caracteriza primeramente por el equilibrio de sus relaciones internas; segundamente, por la capacidad de su representación para extenderse a la totalidad de sus relaciones externas; terceramente, por la exacta adaptación del sistema de relaciones internas al sistema de relaciones externas: aptitud de querer con la totalidad de su ser, aptitud de comprender la totalidad de la existencia, aptitud de sentir plenamente la relación entre sí mismo y la existencia, dicho de otro modo, aptitud de forjarse de la existencia una visión global y justificada por la experiencia. Llegado a este punto, el hombre maduro se afirma frente a la existencia, de la misma manera que el niño y que el adolescente. La diferencia entre ellos y él, es que su visión de la existencia es completa, que se extiende a todos sus planes de realidad como de posibilidad, porque es una visión unificada de lo interior y que lo toma a él

mismo enteramente. Esto supone que no queda en él nada de oscuro, de dividido, de divergente, de contradictorio, que no lleva en sí muchos seres sociales o muchos seres psíquicos. Por esto es tan importante que la educación se aplique a evitar esas "represiones" que crean la división y las luchas internas. La nocividad de todos los adiestramientos (*dressages*), de todos los métodos pedagógicos fundados sobre la sola restricción exterior, encuentra allí su explicación, igual que el valor de los métodos activos, que ayudan al ser a hacerse por sí mismo, encuentran allí su principio y su justificación.

En esta progresión hacia la madurez, es siempre el ser mismo, el que suministra el principal esfuerzo. La educación no es más que un adyuvante necesario. El fondo de la vida mental, la fuente de su despliegue es siempre la aspiración de darse una forma, la oscura necesidad de unidad, la exigencia de ser uno mismo, con el fondo de la vida física, es la exigencia de darse un cuerpo y de mantenerlo en equilibrio en el sistema de las acciones y reacciones mecánicas del universo. Para responder a esta doble exigencia, o, por mejor decir, a esta sola y única exigencia, el ser, desde el día de su nacimiento, asimila la experiencia, se acomoda a ella y se hace él mismo por este doble proceso de adaptación. Esta creación de sí es la individuación. Por consecuencia una educación bien conducida no debe tender a identificar todos los seres, sino muy al contrario a ayudar a cada uno a liberar su propia personalidad, a definir su propio punto de vista sobre el conjunto de las cosas, a construirse su propio carácter. La cohesión de todos está hecha de la diversidad de sus puntos de vista respectivos, en tanto que para definirse cada uno por sí, ellos están en la obligación de adaptarse recíprocamente los unos a los otros.

Por tanto, decir que la verdadera educación es una educación de la libertad por la libertad: conducir al ser a comprender, a querer, a sentir que es él mismo el artesano de su destino, y que no puede llegar a esta posesión de sí, más que por la cooperación con todos los otros seres. Es ella que, poniéndolo en relación con todas las formas de la existencia, asegura su autonomía frente a cada una de ellas.

¡Simple límite ideal, se dirá, que ningún ser alcanza plenamente! Es verdad, y es por eso que hay grados en la libertad, como los hay en la educación, como los hay en el

sistema mismo de las instituciones pedagógicas. Todo se sostiene en la existencia, y todo se corresponde. No todos los seres tienen en sí mismos la capacidad de elevarse al nivel más alto; también la educación procede por etapas. Pero la unidad de la existencia, la unidad de la civilización, la unidad misma del cuerpo social estarían comprometidas, si algún reflejo del fin último no aclarara todos los grados de la ascensión. La educación debe hacer de manera que cada uno esté en el nivel al cual se eleva, de gozar del modo de libertad personal y de querer la forma de cooperación que conviene a ese nivel.

¿Todo está dicho ya? No, todavía. Si la verdadera educación es la que el ser se da a sí mismo, esta educación por sí mismo no se detiene con el acceso de la madurez. Ningún ser está constituido absolutamente de una vez por todas y de tal suerte que esté condenado él mismo, deslizándose, a la inmutabilidad. Su madurez significa simplemente que todas sus aptitudes se han desplegado y equilibrado, que ha tomado clara conciencia de la exigencia de síntesis total que es su ley, que todas sus facultades están en adelante aplicadas al mantenimiento en una forma definida de esta síntesis total. Pero la vida a su alrededor continúa evolucionando, y él mismo se transforma indefinidamente. Indefinidamente también le es preciso reintegrar en sí mismo los elementos de una experiencia sin cesar acrecida y renovada, luchar por la conservación de su adaptación a lo real, por la modificación de las condiciones mismas de esta adaptación. Seguir así la existencia en todos sus meandros, recoger incesantemente sus enseñanzas, es, en el fondo, continuar sin interrupción la educación de uno mismo. El acceso a la madurez expresa solamente que la educación de uno mismo ha llegado a confundirse con la vida misma.

La acción pedagógica ejercida sobre el ser durante el período de su crecimiento ha tenido por fin ponerlo en estado de interpretar la existencia. Importa poco que bajo la presión de los acontecimientos, por el efecto de los contactos multiplicados con los otros seres, la visión de la existencia se transforme poco a poco —es la ley misma de la experiencia— si la exigencia de unidad en la libertad, la voluntad de lealtad, de generosidad, de piedad, quedan en su principio. Lo esencial no es pensar esto o aquello, querer esto o aquello, sino no dejar de pensar con lealtad, no dejar de

querer con generosidad, no renunciar a sí mismo. La educación ha alcanzado su objeto, que ha dado al hombre y fijado fuertemente en él esa necesidad de llenar su destino de hombre a través de toda su vida.

Quien lo comprende, quien se identifica con esta exigencia primordial, guarda también durante la sucesión de los días la verdadera virtud de la juventud. Cuántos hombres, ¡ay!, lo hemos dicho, se dejan absorber, dispersar y como disolver en la existencia, requeridos y divididos entre sus cuidados familiares, sus preocupaciones profesionales, sus pasiones políticas u otras, perdiendo hasta su carácter. Estos o bien se dejan llevar por el acontecimiento, o bien quedan definitivamente como han sido en tal o cual época particular de su crecimiento, los unos adolescentes, los otros aún verdaderamente niños. Pero esto no es permanecer jóvenes. La juventud es la aptitud continuada de comprender toda la vida y de querer toda la vida. Es la permanente actividad del espíritu y del corazón. Si la adolescencia, que termina al abrirse sobre la madurez, es tan bella, si los moralistas y los poetas concuerdan en ver en ella la más bella época, es que ella es precisamente el momento en que el ser ha adquirido por fin la plenitud de sus fuerzas y la plena conciencia de su destino, en que la ley de su humanidad ha tomado para ella su más alta significación, en que ella dirige todos sus discos de expansión y todos sus entusiasmos, en que no conoce límites para ella, en que está pronta a medirse con todos los riesgos. Pero la educación exterior se interrumpe en este momento y su influencia se borra poco a poco, si el ser no le agrega la voluntad de permanecer fiel a lo que ha sido en el instante de su vida en que ella ha acabado de producir sus efectos. Él se transformará sin duda, y esto no sería vivir si no se transformara, pero se transformará, en la línea de sus veinte años.

La educación de uno mismo tiene por principio esta voluntad de permanecer joven, de no dejar perder, en el curso del viaje en los años, las riquezas de la juventud. Es esto también, para decirlo en conclusión, lo que hace a los verdaderos educadores. Si ellos son aptos para comprender el ser y para amarlo a través de todas las etapas de su crecimiento, es porque no cesan de recordar lo que han sido y que se rehúsan a perder. No es útil que se rehagan en ellos mismos una mentalidad de niño o de adolescente. Son es-

estructuras mentales pasadas por ellos, como por todos los adultos. Pero más que ninguno tienen en el corazón las virtudes fundamentales de la juventud. En la visión total que se forjan de la existencia, y porque no sería sin ellas una visión total, las conservan en primer plano. Al tener ante su mirada todo el desarrollo de la vida en su completa unidad, al saber de dónde viene y a dónde va, amándola en todas las formas sucesivas que reviste, son aptos para guiarla. Poco importa que sus condiciones se modifiquen a su alrededor y que las aspiraciones de la juventud que les es confiada se transformen, en su contenido, de generación en generación. Su juventud consiste en permanecer capaces de seguir estas transformaciones. Y devenir incapaz, cerrarse al movimiento perpetuo que renueva el mundo, retardarse en cavilaciones estériles, esto es propiamente el envejecimiento de la conciencia. El don pedagógico, es primeramente rehusarse a envejecer.

RENÉ HUBERT.
Traité de Pédagogie générale.
P. U. F. París, 1952.

Traducción de Haydee C. Blotto.

LECTURAS

LA DINASTÍA DE LOS PIEDRA

¡Pero eran las cinco de la tarde! Ni un árbol, ni un indio, ni una miserable charca en los campos, cada vez más altos, más arenosos y de vegetación más triste y amarillenta. En cambio, brillaba un sol de enero en clima mediterráneo, las arenas reverberaban como una hoguera, los semblantes estaban amoratados, las gargantas irritadas y los caballos profundamente chupados.

Se hizo alto para continuar la marcha al otro día. La situación hacía crisis. El estado del ejército decaía, los ánimos comenzaban a desfallecer y los terrenos aparecían cada vez menos hospitalarios.

Eran las doce de un día abrumador. El ejército caminaba envuelto por el resplandor de grandes y cercanas fogatas, y

el único incidente sobrevenido era la bifurcación del camino general en varios ramales, lo cual aumentaba el infortunio y la confusión de los expedicionarios.

Junta general de los peritos. El coronel Gorordo no había vivido por allí con Juan Saá y con el coronel Baigorria. El soldado de Rauch se excusaba diciendo que con aquel jefe se marchaba de noche y Santos Rubio ignoraba en qué lugar del mundo se encontraba.

Se tocó, pues, pie a tierra y desensillar en seco, mientras el coronel Gorordo practicaba un serio reconocimiento al frente y a los flancos.

La ansiedad con que el sediento y desmoralizado ejército aguardaba el éxito de estas excursiones era indescriptible, y el desenlace fué aterrador: los campos cada vez más altos, más arenosos, con pequeños arbustos de espinas, sin caminos, sin más accidentes que unas sombras tendidas en los horizontes del Norte, que parecían los primeros montes ranquelinos.

Era aquel país el seno de una enjuta y mortífera travesía.

Se deliberó, y como se pensaba que la laguna de Trenel debía estar situada en la selva pampeana, el coronel Mitre mandó levantar el campamento y siguió el camino que hacía rumbo a la sombra divisada en el Norte.

La marcha era de noche y caían los perros y caballos con las fauces enjutas... Dos soldados, un infante y un artillero, murieron de sed... Seis soldados se habían perdido y no se supo más de ellos...

El coronel Gorordo, que marchaba a vanguardia, alcanzó la cumbre del monte al aclarar y descubrió una charca de pocos metros cuadrados con agua potable, y con indicios de la reciente permanencia de los indios.

El ejército se precipitó sobre ella, como los perros hambrientos sobre un hueso y hombres y caballos la enjugaron.

Pocos, apenas los primeros, mojaron los labios; y centenares de soldados se contentaban con poner en la boca puñados de barro para refrescarla... Así mismo el coronel Mitre la llamó ¡la laguna de la Providencia!

Las nuevas exploraciones fueron igualmente desconsoladoras. ¡El pavoroso desierto de los cuentos y leyendas aparecía en toda su horrenda realidad!

Santos Rubio, el que conocía las selvas como a su propia mano, se limitaba a decir:

—¡No sé en qué lugar del monte estamos...!

Y despuntaba otro día de enero con sol canicular.

El coronel Mitre sostenía una terrible lucha consigo mismo. Deseaba avanzar; pero lo contenía el espantoso aspecto de las tropas y la desesperación de los caballos extenuados por la sed que erguían la cabeza, olfateaban el espacio y lanzaban resoplidos y relinchos estridentes, agitándose en todas direcciones, como sucede en los momentos supremos en que los acecha un tigre.

No había más solución que emprender la retirada, casi la fuga: ¿y de quién? del enemigo más formidable de las pampas, ¡de la sed!

Y el clarín la anunció a los oídos de los agonizantes como un grito de vida y de esperanza!

ESTANISLAO S. ZEBALLOS.

La Dinastía de los Piedra,
Buenos Aires, 1884, cap. XXXIX.

EL MARCHANTE DE CUADROS

He aquí al marchante, uno de los creadores de la pintura novecentista y, como tal, merecedor de una semblanza. Es una curiosa mezcla de comerciante, mecenas y crítico, aunque las dos últimas facetas concurren al servicio de la primera. Suele ser de olfato sagaz, pero no precisamente infalible. Buen conocedor por precioso instinto o por imperativo de la costumbre, excede por lo general a cualquier miembro de cualquier jurado de exposición. Rechaza a muchos jóvenes pintores, pero elige a unos pocos, cuya fortuna, fama y gloria quedan labradas desde ese mismo momento; el contrato puede estipular la compra de toda la producción, lo que determina los designios del marchante de procurar colocarla al mayor costo posible. Para ello, cualquiera actividad es poca: anuncios, artículos, monografías y todo cuanto pueda enaltecer la personalidad del pintor agregado a los designios comerciales de la casa. Huelga decir que este marchante genérico y prototípico actúa en París, donde cualquier hecho cultural es seguido con unánime respeto por todo el mundo. París es la gran plataforma de la fama. Todo joven artista

polaco, noruego, italiano, español o sudamericano, marcha a París a conquistar un renombre y a pedir una justicia que no le rendirán sus ámbitos patrios. Un Vollard o un Durand-Ruel han ayudado la floración de tantísimos nombres ilustres como pueden hacerlo todavía y acaso en mayor proporción, sus colegas más recientes. Así, la peregrinación de jóvenes pintores a París aumenta por años. Parece poderse calcular muy aproximadamente en quince mil el número de los que actualmente residen en la capital francesa.

En París ha residido igualmente el gran centro experimental de nuestro siglo. Fácilmente se comprende que al convertirse en meca de las aspiraciones pictóricas de todo Occidente, aquí debían emerger precisamente los mayores aciertos, y así ha ocurrido. París no sólo ha dado al novecientos una espléndida escuela de pintura francesa, innegablemente rectora de gustos e ideas, sino que ha singularizado justiciaramente a insignes pintores de otras nacionalidades. Pablo Picasso, Modigliani, Marc Chagall, etcétera, no han tenido que renegar de su pasaporte para el logro de tanta o mayor estimación que otros nacidos en el suelo francés. Todo ello ha contribuido al inmenso prestigio de París como capital indiscutida del arte novecentista, bien que hoy ya conozca un principio de decadencia. Por lo menos, no se le pueden igualar otras ciudades de intensa actividad artística, como Milán, Berlín, Nueva York, Madrid, etcétera.

Y París ha sido durante largo tiempo, con período de suprema floración posible de situar en los años de entreguerras —1920 a 1940—, el centro editorial que ha mimado con verdadero lujo todo accidente e incidente de la pintura novecentista mediante las más bellas publicaciones posibles. En esos años se han producido libros y revistas bellísimos, de inimitable atractivo y perfección técnica, cuyas hermosas reproducciones, comentadas por los más ágiles e ingeniosos artífices de la palabra, han contribuido en enormísimo porcentaje a la seducción, comprensión y estimación de toda variedad y todo invento pictórico. No hay por qué ocultar cómo buena parte de tales publicaciones eran costeadas por marchantes o, al menos, por ellos subvencionadas. El resultado, con calidades de Renacimiento auténtico, era el mismo, y mantenía una calidad y una determinante de atención que han servido en

máximo grado a la fijación de la pintura como veraz exponente de las inquietudes, gracias y dolores de la mitad del atormentado siglo XX.

JUAN ANTONIO GAYA NUNO.
La Pintura.

MIMETISMO

El disfraz protector. — Ese "poder espiritual" se ve claramente en la producción de ciertos órganos que pueden considerarse como herramientas, y Cuénot lo demostró admirablemente. Pero aparece con mayor evidencia, para quienes no están cegados por el prejuicio mecanicista, en los hechos de mimetismo. Esos hechos eran casi desconocidos en los tiempos de Lamarck, que no hubiera dejado de citarlos como uno de los ejemplos más claros de adaptación. Para Wallace probaban la selección, pues los animales tendrán tantas menos probabilidades de ser destruidos, cuanto más se parezcan al medio indiferente que les rodea, ya por el color, ya por la forma.

Multitud de animales toman el color de su medio. En el desierto los pájaros, los mamíferos, los insectos, son grises y amarillos como la arena. Los habitantes de árboles y arbustos son amarillos y verdes. Muchos peces son transparentes o de color gris de agua. En el mar de los sargazos viven ciertas especies que tienen el color y hasta la forma de las algas. Las mariposas diurnas tienen el envés de las alas de color apagado, porque es el único lado que se ve cuando están en reposo y entonces tienen interés en no llamar la atención. En las mariposas nocturnas ocurre a menudo lo contrario: cuando se posan para capturar su presa, extienden sus alas, cuya cara superior es gris y sin brillo.

La homocromía como se llama esa facultad de tomar el color de su fondo, es a veces cambiante. Fuera del célebre camaleón, están dotados de ella numerosos peces y batracios. A lo largo del Atlántico vive un camarón pequeño que se viste con todos los colores, desde el castaño oscuro hasta el verde y aún el colorado, según las algas a las cuales visita. Ciertos peces planos de las costas americanas y ciertas langostas

imitan no sólo el color del fondo, sino también el dibujo de los accidentes, y es posible teñirlas a su antojo presentándoles pantallas coloreadas. Ese disfraz efímero de los seres marinos depende de la vista, y se obtiene por la activación nerviosa y hormonal de granitos de pigmento, a veces de tres colores, que llevan encima de la piel y que extraen de sus alimentos habituales.

Algunos cangrejos llevan más lejos el disfraz. Sobre su caparazón pegan otras conchas, piedras, residuos, que son cada vez más gruesos a medida que ellos mismos van creciendo. Además, mediante secreciones orgánicas, incrustan dientes de dimensión creciente. Otras especies hacen salir puntas en las que pinchan anémonas de mar o esponjas, y si se las quitan, el animal sabe recuperarlas pronto a pesar de su torpeza. El cangrejo Maja se transforma en un manojo de algas.

Mimetismo más sabio. — Pero aquí tenemos a las orugas, seres sin defensa, que se agrupan en la cúspide de una ramilla para imitar una baya roja o negra, otras que levantan el abdomen para representar un hoja de la planta nutricia. Las orugas geométridas tienen el cuerpo alargado: toman el aspecto de ramillas cuyo punto de arranque imitan, el ángulo hecho con el eje y otras las particularidades. La del espino blanco reproduce los colores de la planta y se oscurece sobre las ramas viejas. Otra geométrida se alimenta de rosas; figura un pétalo de la flor, y en caso de peligro se tuerce en S para acabar la semejanza. *Lymantria monacha* y su mariposa imitan el liquen en que yacen. Ciertas orugas de los países cálidos imitan a la serpiente y consiguen atemorizar a los monos. Una especie etíope se alarga espasmódicamente y se diría una lengua de serpiente. Una oruga brasileña toma el aspecto de un trozo de madera roto y cubierto de liquen. Si aparece el agresor, se encorva y se transforma en serpiente, con grandes ojos pintados y un balanceo característico.

Los mantis copian sobre todo a las flores y a veces no se pueden distinguir de éstas. *Idolum diabolicum* merece bien su nombre; muestra su coselete, que es de un color carmín brillante, y sus falsos pétalos le procuran abundante alimento de moscas. La mantis india *Gongylus* exhibe también un encantador atavío floral cuando está de cacería, y, al contrario, colores oscuros y neutros cuando descansa. *Hymenopus bicornis* de la península malasia, es de color de rosa, blanco de

perla y verde de agua y consigue imitar la superficie lustrosa y aterciopelada de las verdaderas flores. Vive sobre un redondo del que no se le puede distinguir. Instalada en las ramas florales, las abandona cuando están marchitas. En el estado de larva simula una chinche nauseabunda, lo que es un doble mimetismo.

Ciertos escarabajos de Madagascar se parecen asombrosamente a líquenes; otros de la América del Sur imitan yemas. Algunas chinches tienen el cuerpo acuchillado y áspero y el color gris verde de las cortezas invadidas por los parásitos vegetales. Una mariposa indígena tiene el aspecto de una ramilla cortada en un cabo y podrida en el otro. Un saltamontes de Java no se contenta con reproducir una corteza, la muestra destruída en unos sitios y poniendo al desnudo la madera. Pero los más sorprendentes imitadores son los saltamontes de América tropical. Como lo mostró Paul Vignon en su lujosa publicación de Archives du Muséum (1931), imitan las hojas con tan inaudita perfección que se considera superflua, hipertética. Sus élitros tienen nervaduras idénticas. Los bordes presentan escotaduras, el limbo, manchas de herrumbre, absolutamente como en las hojas roídas por los insectos y los hongos. Por lo demás, los contornos son variados y el colorido minucioso. ¿Acaso las plantas mismas no harían mimetismo si juzgamos por ciertas ficoideas que imitan hasta confundirse el aspecto de piedras o de láminas de cuarzo?

Se ha discutido mucho sobre el valor protector del mimetismo, en el caso de ciertos insectos que imitan a otros menos buscados o mejor armados como la inofensiva mariposa *Amycles* que se disfraza de avispa venenosa. Pero se limitan a poner en disputa el fin, sin negar que esos asombrosos fenómenos son inexplicables por la casualidad.

RENÉ SUDRE.

Los nuevos enigmas del Universo.
Hachette, Buenos Aires.

SEMBLANZA DE VALERIANO BÉCQUER

Valeriano nació en Sevilla, en diciembre del año 1834. De modo que había cumplido ya treinta y cinco años. Como sabes, nuestro padre era pintor, y murió, siendo nosotros muy pequeños, también a los treinta y cinco años.

A poco de morir nuestro padre murió nuestra madre. Valeriano, de pequeño, estuvo en el Colegio de San Diego, de Sevilla, del que fué maestro el célebre don Alberto Lista. Siempre mostró una gran disposición para la pintura. Es una puerilidad, pero yo recuerdo que siendo muy chicos nos quitaban la luz después de acostados, y Valeriano, las noches de luna, abría el balcón y dibujaba a aquella claridad dudosa. Ya desde chico pintaba todo lo que nos sucedía y retrataba en papeles y libros a las gentes que íbamos conociendo. Esta costumbre, que conservó siempre, hace que en sus carteras se encuentren muchos episodios de su vida y sus viajes, hechos con gracia y facilidad. Le ha sido siempre tanto más fácil la expresión de las ideas por medio del dibujo que de la palabra, que, como sabes, su correspondencia conmigo, que en gran parte conservo, es curiosísima, porque no dice las cosas, sino que las pinta con la pluma.

Después de salir del colegio comenzó decididamente a dibujar bajo la dirección de mi tío Joaquín. Pero, al par que los estudios un poco rutinarios de la Academia de Sevilla, seguía él libremente pintando y dibujando por su cuenta, apuntando ligeramente del natural cuanto veía o trazando al capricho lo que pensaba.

La facilidad que para componer y dibujar demostró, desde luego llamó la atención de Sevilla, donde hizo multitud de retratos, cuadros y bocetos originales, siempre ligeramente, pues la necesidad de vivir casi desde niño del producto de su trabajo, no le permitió nunca hacer estudios serios.

Lo que sabía lo adivinaba...

Ni su estilo, ni su manera, ni su color, se parecía a nada de lo que había visto allí y siempre conservó una sencillez y una espontaneidad que le hacían original.

Vino a Madrid por el año 61, y a poco estuvimos, a causa de estar yo enfermo, un año en el Monasterio de Veruela, completamente aislados. Allí dibujó mucho y pintó algunos cuadros de costumbres aragonesas y dos fantasías muy originales. Uno es *En busca del Diablo*, y otro, *La pecadora*. También pintó *La vendimia*. En esta época se fijó en el estudio de las costumbres populares.

De vuelta a Madrid, obtuvo de Alcalá Galiano una pensión para viajar por España estudiando las costumbres.

La pensión era insuficiente: diez mil reales al año, de los cuales habían de salir los viajes, vivir con sus hijos, pues ale-

jado siempre de los centros, ninguna otra cosa tenía que hacer, y todos los gastos de dos cuadros originales que todos los años había de presentar al Museo. Vivía, comía y viajaba con mil trabajos y privaciones, y, sin embargo, era feliz. Apuntaba y dibujaba mucho, rodando de aldea en aldea.

Sus libros están llenos de episodios curiosos e interesantes de estos viajes. A última hora, en un lugarejo cualquiera, hospedado en un mesón, con buena o mala luz, con avíos o sin ellos, pintaba los cuadros de la pensión sin modelos, sin recursos.

Así pintó los ocho cuadros que están en el Museo Nacional de Madrid: dos de costumbres aragonesas, titulados *El chocolate* y *El presente*; tres de costumbres y tipos de Soria: *Las carretas de los Pinares*, *El leñador* y *La hilandera*; tres de Ávila: *La romería de San Soles*, *El escuadrón* y *La vendedora de huevos*.

Todos estos cuadros están hechos de memoria y, sin embargo, resplandecen en ellos la verdad, la espontaneidad, y la gracia. La costumbre de estar siempre apuntando del natural hacía que no se amaneseciese nunca y que hubiese en sus composiciones un sello grande de verdad.

Pero por lo mismo que no se ceñía al realizar sus ideas al modelo vulgar y prosaico, todas sus composiciones tienen un sabor de arte y de belleza, algo de selecto y distinguido que sabía encontrar y extraer aun de las cosas más vulgares y pedestres, que, al pasar por su fantasía, se depuraban y perdían algo de su natural grosero, sin dejar de ser verdad.

En estos tres años, y para atender algo a poder vivir, pues los diez mil reales eran insuficientes, fué cuando aprendió a instancias de Bernardo Rico, a dibujar algo en madera, para grabar, e hizo la colección de dibujos de costumbres que llamaron la atención en El Museo Universal, de Gaspar y Roig.

Al llegar la revolución suprimieron en Fomento su pensión. Era tan poca cosa, y la devolvía en tres o cuatro cuadros anuales con tanta usura, que yo creo que hicieron mal, pues la colección hubiera sido tanto más interesante cuanto más completa.

La pensión no era una canonjía ni mucho menos; sin embargo, él sintió mucho perderla, porque perdió la base para seguir sus instintos, corriendo de pueblo en pueblo, pintando y dibujando al aire libre. Él decía que a los seis u ocho años de andar así y pasados dos luego haciendo estudios serios de otro género, se fijaría en un punto, y había de echar cuadros

por los dedos. Y si los hubiera echado. Un día nos pusimos los dos a recordar cuántos cuadros originales había pintado, e hicimos una lista de ciento once.

Esta lista la conservo.

Siempre hemos pensado trabajar: sin embargo, hablándole yo un día, le pregunté: "Si te dieran una renta muy grande, con prohibición absoluta de pintar, ¿la aceptarías?".

Y siempre decía que no.

Otras veces contestaba: "Yo lo que quisiera era uno que me diera de comer y de beber nada más que lo suficiente, y luego muchos colores y muchos lienzos de todos tamaños, chicos y grandes, anchos y estrechos, (a veces el tamaño le da a uno el asunto), y yo pintar y pintar, y él que se llevase lo pintado, y si podía hiciera con aquello el negocio que le diera la gana...".

Realmente, el pintar y el dibujar eran en él una pasión.

Era gran aficionado a la música; la sentía y hacía entre los sonidos y el color unas comparaciones verdaderamente hermosas.

Por último, después de la revolución estuvimos en Toledo y luego aquí. En este tiempo pintó dos cuadros para Valera, unos retratos, y bosquejó cuatro tablitas que dejó sin concluir. Su carácter, lo que él era, tú lo sabes.

De todo esto hablaré yo algún día, cuando publique, que pienso hacerlo, un libro con los grabados suyos, a los que acompañaré con un poco de texto. De seguro será un libro interesante, pues a más de los conocidos añadiré algunos dibujos de la cartera. Tú de esto aprovecha lo que quieras y te parezca oportuno.

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER.

LENGUAJE Y ESTILO

CONJUGACIÓN CASTELLANA

La concordancia del verbo, es decir la armonía que debe guardar con el sujeto, puede reducirse a las reglas siguientes:

- 1ª Dos o más sujetos equivalen a un sujeto en plural. "La naturaleza y la fortuna le habían favorecido".

- 2ª En concurrencia de varias personas, la segunda es preferida a la tercera, y la primera a todas. "Vosotros, ellas y yo nos vimos expuestos a un gran peligro"; "Sólo tú y yo lo sabemos"; "Él y yo fuimos a visitarla"; "Tú y ellos lo ignoráis"; "Vosotros y él lo habéis oído".

Estas reglas generales están sujetas a gran número de excepciones, que pueden verse en el capítulo XXX de la Gramática de Bello.

En cuanto al régimen verbal, o sea la dependencia en que ciertas preposiciones están respecto al verbo, damos sin alterar en nada los casos de la Gramática de la Academia (páginas 289 a 319), que son los principales y que más comúnmente ocurren. Aquí debemos observar: 1ª) Que la lista de la Academia, y por consiguiente lo nuestro, no comprende los verbos activos (a excepción de los que, junto con pronombres personales, mudan de régimen, y de los que, además del principal, tienen otro accesorio), porque aquéllos no se construyen con preposición, sino cuando su acción pasa a personas o cosas personificadas, caso en que llevan la preposición *a*; ni los participios, que en general siguen la construcción de sus verbos; ni los verbos que después de sí admiten preposición que no forma construcción con ellos, sino con las palabras subsiguientes; 2ª) Que el guión se emplea para distinguir unas de otras las diferentes construcciones, excusando la repetición de las palabras con que empieza cada línea; 3ª) Que generalmente se pone un solo ejemplar de cada preposición, aunque una misma tenga en diversas frases muy diferente significado; 4ª) Que por lo común se omiten los casos en que las preposiciones *de* y *por* expresan construcción de participio pasivo; pues, por ejemplo, Antonio es aborrecido de todos o por todos, equivale a todos aborrecen a Antonio; y 5ª) Que hay algunos verbos que pueden usarse con la preposición que se indica o sin ella; ejemplos: "arrostrar *con* o *por* los peligros", o "arrostrar los peligros"; "cumplir *con* su obligación" o "cumplir su obligación"; "dignarse de otorgar licencia", o "dignarse otorgar"; "huir de los halagos", o "huir los halagos".

Para mayor facilidad en la consulta, ponemos por separado el régimen, después del verbo respectivo.

En cuanto al uso de las preposiciones, da Bello las siguientes reglas generales, que, aunque no sancionadas como exclusivas por el uso docto, creemos conveniente adoptar:

1ª Si el sentido pide dos complementos de preposiciones diferentes con un mismo término, es necesario expresar ambas reproduciendo el término; por ejemplo, en vez de "Lo que depende y está asido a otra cosa", debe decirse "Lo que depende de otra cosa y está asido a ella"; pero si la preposición es una misma no es necesaria la repetición: "Seguramente puede vuestra merced entrar y espaciarse en este castillo" (Cervantes).

2ª Si un sustantivo es, por sí solo, acusativo y término de preposición expresa, debemos también ponerlo de manifiesto en ambas funciones, primero directa y luego reproductivamente; así en lugar de "Se trató de refutar y hacer ver la futilidad de todas las razones alegadas en contra", se dice "Se trató de refutar las razones alegadas en contra, y hacer ver la futilidad de todas ellas".

3ª Aun cuando no sólo se identifiquen los términos sino las preposiciones mismas, es necesario, repitiendo la preposición, reproducir el término, siempre que no se presenten los dos complementos de un modo semejante respecto de las palabras que los rigen; por consiguiente, en vez de "La poesía vive y saca de las imágenes materiales su mayor gala y hermosura", es mucho mejor decir "La poesía vive de las imágenes materiales y saca de ellas su mayor gala y hermosura".

4ª En los modos del verbo no es menos necesaria que en las preposiciones la consecuencia de régimen; se pecaría contra esta regla diciendo, por ejemplo, "Estamos seguros y nos alegramos de que tenga esas intenciones el gobierno", en vez de "Estamos seguros de que el gobierno tiene esas intenciones, y nos alegramos de que las tenga".

Por referirse a la recta escritura y pronunciación de ciertas formas verbales, tanto regulares como irregulares, incluimos aquí las siguientes indicaciones que tomamos de dos de las eruditas notas (104 y 105) puestas por Cuervo a la Gramática de Bello:

La eufonía ha hecho que se suprima la *ese* final de la primera persona de plural antes del enclítico *nos*, v. gr. *sentémonos*, *vámonos*, según lo advierten la Academia y Salvá: "Era aficionada (mi madre) a libros de caballerías, y no tan mal tomaba este pasatiempo, como yo le tomé para mí; porque no perdía su labor sino *desenvolvíamos* para leer en ellos" (Santa Teresa); y aunque no recordamos lo digan los

gramáticos, creemos que lo mismo sucede antes de *os* y *se*, v. gr.: "Descortésmente lo hacéis; sufrímooslo porque vos nos sufráis nuestras importunas preguntas" (Diálogo de la lengua); "Suplicámoos con todo nuestro corazón nos lo quitéis todo" (Ávila); y en combinaciones como *digámooselo*, *traigámoosela*, *habéiselo*, si bien debemos advertir que estos últimos los hemos hallado también escritos con dos *eses*. Igualmente desapruueba el oído la unión del enclítico *os* con la tercera persona del plural, por el particular esfuerzo que se requiere para no decir *nos*: "Bendíganos, Señor, los ángeles y los cielos y la tierra prodiguen vuestras alabanzas" (Granada); "Bendito seáis por siempre, Señor; alábenos todas las cosas por siempre" (Santa Teresa); "Decidme, amigos, ¿cautivastes juntos, lleváronos a Argel del primer voleo o a otra parte de Berbería?" (Cervantes). Con excepción del verbo *ir*, de que se tratará en su lugar, se apocopa el plural del imperativo, perdiendo la *d*, cuando le sigue el enclítico, como en *guardaos*, *teneos*, *vestíos*; primero se dijo *guardavos*, *metedvos*, *salidvos*; luego *guardados*, *metedos*, *salidos*; y por último *guardaos*, *metéos*, *salíos*. Era común invertir el orden en la colocación de la *d* final del imperativo y la *i* inicial del enclítico: "Vestilda bien, que está desadornada". (Lope).

Terminamos este estudio preliminar con dos observaciones sobre un vicio común a España y a América la una, y sólo de España la otra. El primero, sobre el cual advierte Hartzenbusch (Ap. Crit., p. XXVIII) que "cualquier honrado labriego lo dice muy grave", consiste en usar *siéntensen*, *váyasen*, *irsen* por *siéntense*, *váyanse*, *irse*; y el segundo, que según Clemencín "todavía dura en algunas provincias" de España, consiste en convertir en *mos* el enclítico *nos*, como lo hizo la labradora del Toboso: "Apártense nora en tal del camino, y *déjenmos* pasar, que vamos de prisa" (Cervantes); y a veces el afijo: "¿Mos habéis visto otra vez?" (Tirso).

EMILIANO ISAZA.

Diccionario de la Conjugación Castellana.

APUNTES SEMÁNTICOS

E M I N E N T E

49. En el siguiente lugar de los Capítulos que se le olvidaron a Cervantes, de Juan Montalvo, habla Sancho de PELIGROS EMINENTES, y Don Quijote le corrige la vitanda expresión:

“—De más buena gana ando yo por caminos reales, onde los peligros no son tan eminentes, y adonde la Santa Hermandad puede acudir a tiempo. Conviene, Sr. D. Quijote, que nos vuélvamos sin tocar al avispero. Guárdate, dice el Señor.

“—El miedo y la ignorancia, respondió el hidalgo, son los toques principales de tu carácter. Si algún peligro hubiese, podría él ser inminente”. (Cap. II).

50. Eminente significa ALTO, ELEVADO.

Vió en la eminente roca donde anida... (Hartzenbusch, El Águila y el caracol).

En sentido figurado, EMINENTE equivale a superior, sobresaliente.

“Engrandeciéronla hombres eminentes de diversas épocas”. (Forner, Exequias de la Lengua Castellana).

51. INMINENTE es lo que amenaza o está para suceder prontamente.

“Con inminente riesgo de vida,
un ciervo se escapó de la batida...”

(Samaniego, El ciervo y los bueyes,
libro IV, fábula XXII).

Manuel corrió a casa de nuevo, trajo otra carga de tajo y la incendió cerca de la primera. Esto era señal de peligro inminente. (Palacio Valdés, José, capítulo XVI).

52. Sobre la confusión de los parónimos EMINENTE e INMINENTE, ya anotada por Cuervo en las Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano, habla en estos términos Roberto Restrepo en sus Apuntaciones idiomáticas y correcciones de lenguaje:

“EMINENTE no es lo mismo que inminente, se enseña desde la escuela primaria.

En lo escrito y en lo hablado es frecuente ver confundidos estos términos. Eminente es lo que sobresale: cerro eminente, hombre eminente. Inminente es lo que está para sobrevenir prontamente, y así se dirá: Peligro inminente; La caída del ministerio es inminente”.

E N A R B O L A R

53. La Fantasma le dice:

—En mi conciencia
que te veo amarillo como el oro:
tienes tu corazón en el tesoro;
miras sobre tu pecho acongojado
el puñal del ladrón enarbolado...

(Samaniego, El Hombre y el Fantasma
libro sexto, fábula II).

Así criticó el uso de la voz ENARBOLADO el gramático peninsular don Miguel de Toro y Gómez, anotador de las fábulas de Samaniego:

“Enarbolado se dice de una bandera, estandarte, etc., pero no de un puñal” (Librería Armand Colin, París, 1902, página 131, nota 4).

54. ENARBOLAR es levantar en alto una bandera, un guión, un estandarte, etc.; pero lo cierto es que antes y después de Samaniego, como en seguida se verá, el dicho verbo se ha usado con la significación lata de levantar en alto un objeto cualquiera.

Si el fabulista del siglo XVIII nos habla de un puñal ENARBOLADO, escritores contemporáneos de nota ENARBOLAN bastones, escobas, sillas y hasta gemelos.

“El caballero aferra con una mano las riendas, mientras con la otra enarbola un bastón” (Valle Inclán, Romance de iobos, jornada segunda).

“Arrancaba a subir las escaleras, cuando la portera, enarbolando un escobón se precipitó a atajarle el paso”.

(Pérez de Ayala, Troteras y danzaderas, Sesostres y Platón).

“En este instante el fugitivo reapareció enarbolando una silla” (Lugones, El Ángel de la Sombra, capítulo XXV).

“Enarbolo los gemelos que acabo de alquilar por dos pesetas, y me dedico a pasar revista”. (Pardo Bazán, La Quimera, II, Madrid).

He aquí ahora a Juan Pablo Forno, contemporáneo de Samaniego, enarbolando plumas en este lugar de las Exequias de la Lengua Castellana:

"Verás a borbotones los Quijotes
Salir enarbolando gruesas plumas
no distintas de mazas y garrotes".

Retrocedamos, finalmente, hasta el siglo de oro, y veremos que un personaje del Quijote, enarbola el brazo. Trátase del arriero que figura en el capítulo XVI de la primera parte.

EXÁNIME

55. Usado en sentido recto significa sin vida. Figuradamente equivale a debilitado en sumo grado, como en estos ejemplos de autores:

"Y con mortal pesadumbre
el viejo desfallecido,
cayó exánime en la cumbre,
entre la nieve aterido.

Y —Marcha —al joven le dijo:
no encuentres cual yo la muerte".
(Campoamor, Lecciones amargas).

"...—¿Te acuerdas cómo en otro tiempo me quedaba
[exánime?]

(Valle-Inclán, Sonata de otoño)

56. El purista don Francisco J. Orellana censura el empleo figurado del término EXÁNIME. No le hagamos caso. He aquí sus palabras: "Exánime, adj. Quiere decir inanimado, sin vida, que no da señales de vida. Cometan, pues, un disparate los que aplican esta calificación a un ser desmayado, abatido, desfallecido, pero con vida". (Cizaña del lenguaje, cuarta edición, 1891).

EXCOGITAR

57. ESCOGIMOS EL MEJOR GUÍA DE LA CIUDAD.
ESCOGÍ LA FLOR MÁS HERMOSA DE MI JARDÍN.

Bien empleado está el verbo en ambas oraciones, pues ESCOGER equivale a elegir una persona o una cosa entre

otras. Incurriría en notorio barbarismo, a la inversa, quien en los dichos ejemplos emplease el verbo EXCOGITAR. Y si en vez de EXCOGITAR, ortografía legítima del verbo, se usa la forma espuria ESCOGITAR, al barbarismo semántico se añadirá el ortográfico.

"ESCOGITAR. Verbo que no aparece en ningún diccionario. Los que dicen escogitar un buen defensor creen sin duda que escogitar es un refuerzo sonoro de escoger. Existe el verbo excogitar, que significa hallar una cosa con el discurso y la meditación, cosa muy diferente. Se emplea rara vez". (Carlos F. Mac Halle, Diccionario razonado de modos de bien decir).

ÉXITO

58. Con esta voz podemos referirnos al resultado de un negocio o de un asunto, y por ello cabe hablar tanto de un MAL ÉXITO como de un BUEN ÉXITO.

"Salió con mal éxito". (Toro y Gisbert, Nuevo Pequeño Larousse).

"Rápida pesquisa con buen éxito". (La Nación, del 2 de diciembre de 1956).

El empleo del adjetivo es necesario para indicar la suerte de ÉXITO de que se trata.

He aquí, copiada a la letra, la primera acepción académica del término ÉXITO: "Fin o terminación de un negocio o de una dependencia".

59. "La prudencia del Comendador se vió coronada del éxito al cabo de pocos días". (Valera, El Comendador Mendoza, capítulo XX).

En el último tercio de la centuria pasada, como vemos, el estilista don Juan Valera dió a "éxito" el sentido de RESULTADO FELIZ, significación vituperada por más de un purista, pero de empleo tan frecuente en el siglo actual que la Academia la canonizó en 1925. (Edición décimaquinta del Diccionario):

"Resultado feliz de un negocio, actuación, etc".

60. En la hora presente son de recibo las siguientes expresiones, censuradas a principios del siglo por el P. Juan Mir y Noguera:

"De aquí, dice el severo censor, nace el juicio que debemos hacer de las locuciones siguientes: "el éxito ha coronado sus esfuerzos; su solicitud ha tenido éxito; la comedia

tuvo gran éxito; los movimientos militares fueron acompañados de éxito; el éxito es hijo de la audacia; yo lo que busco es el éxito". En todas estas expresiones hay incorrección por la mala traza de la voz éxito, que debiera ir acompañada de adjetivo en prenda de la prosperidad o adversidad". (Prontuario de hispanismo y barbarismo, 1908, artículo "ÉXITO").

EXPLOTAR

61. Es frecuente el empleo, en España y en América española, de explotar con el significado de estallar, reventar.

"Explotar, decía en 1910 don Ramón Franquelo y Romero, es sacar partido de las personas o las cosas; y explosión, aquel movimiento instantáneo con detonación, que se verifica cuando se inflama un cuerpo y produce un desprendimiento de gases.

No teniendo verbo este sustantivo, un vivo del periodismo lo zampó en explotar; y otro doctor en gacetillas, con más conciencia que su colega pero con igual literatura, inventó explosionar.

Y todo por no saber que en castellano tenemos estallar y reventar.

De donde resulta que algunos diaristas nos explotan y revientan a la vez". (Frases impropias... Málaga, 1910, artículo "EXPLOTAR").

62. Se lee lo siguiente en Palabras, de Angel Consuegra Marín:

"EXPLOTÓ una bomba ayer:

Algunos emplean explotar en vez de estallar, reventar, hacer explosión. Explotar, según la Academia, tiene tres acepciones:

1º) Extraer de las minas la riqueza que contienen. EXPLOTAR el hierro, el petróleo.

2º) Sacar utilidad de un negocio o industria en provecho propio. La compañía ha instalado una fábrica para EXPLOTAR la industria azucarera.

3º) Aplicar en provecho propio, por lo general de un modo abusivo, las cualidades o sentimientos de una persona, o un suceso o circunstancia cualquiera. El hijo EXPLOTA el buen nombre de su padre para abrirse camino con poco sacrificio" (Párrafo 373, edición cuarta).

Recordaré, finalmente, que la décimaoctava edición del Diccionario académico (1956), tampoco autoriza la significación criticada por la mayoría de los puristas.

FAMILIAR

63. "En España, escribe Carlos F. Mac Halle, se dice con relativa frecuencia los familiares por los parientes. No tiene la palabra familiar tal acepción (Diccionario de modos de bien decir, artículo "FAMILIARES").

También en la Argentina, en la lengua oral al menos, se da al término "familiar" la significación de pariente, deudo.

64. Suele censurarse el uso del término FAMILIAR con el sentido de PARIENTE, DEUDO, tan sólo porque tal acepción no está autorizada por el léxico académico; pero es lo cierto que la autorizaba en ediciones de la pasada centuria. Citaré la definición de la décimatercera (1899): "Cualquiera persona de la familia, que vive bajo la potestad del padre de familias y más señaladamente criado o sirviente".

65. FAMILIAR, según se vió en el párrafo anterior, es "sirviente" o "criado"; pero asimismo tiene el sentido de "pariente" o "deudo". Trátase, como vemos, de un término que puede ocasionar ambigüedad. Por ello no es de lamentar, me parece, que tal acepción no figure en ninguna de las ediciones del Diccionario académico correspondiente al presente siglo.

JORGE GUASCH LEGUIZAMÓN

MÉTRICA CASTELLANA

La métrica medieval, el romance de dieciséis sílabas que por costumbre se escribe en líneas octosílabas, perdura todavía entre las expresiones métricas de nuestra lírica, al lado de las tentativas contemporáneas de verso libre y de la intencionada destrucción actual de la regularidad de los acentos; aunque se persista, más de lo necesario, en dislocar los metros, el endecasílabo, el alejandrino, en su variedad y en su perfección, estos versos seguirán viviendo con los poetas que los llevaron a una perfección determinada; cada verso responde a una necesidad interna de quien se expresa con senti-